

Alfa y Omega

Nº 414/2-IX-2004

SEMANARIO CATÓLICO DE INFORMACIÓN

EDIC. NACIONAL



**Europa:
La verdad,
antes que el consenso**

Etapa II - Número 414
Edición Nacional

>Edita:
Fundación San Agustín.
Arzobispado de Madrid

Delegado episcopal:
Alfonso Simón Muñoz

Redacción:
Calle de la Pasa, 3.
28005 Madrid.

Téls: 913651813/913667864
Fax: 913651188

Dirección de Internet:
<http://www.alfayomega.es>

E-Mail:

fsagustin@planalfa.es

Director:
Miguel Ángel Velasco Puente

Redactor Jefe:

José Francisco Serrano Oceja

Director de Arte:
Francisco Flores Domínguez

Redactores:

Anabel Llamas Palacios,
Juan Luis Vázquez,
María Solano Altaña,
Carmen María Imbert Paredes,
Jesús Colina Díez (Roma)

Documentación:
María Pazos Carretero
Elena de la Cueva Terrer

Internet:

Beatriz Jaso Ollo

-Imprime y Distribuye:
Diario ABC, S.L.-

ISSN: 1698-1529

Depósito legal: M-41.048-1995.

**Tú también haces
realidad nuestro
semanario**

Colabora con

lf y m

PUEDES DIRIGIR
TU APORTACIÓN
A LA FUNDACIÓN
SAN AGUSTÍN,

A TRAVÉS DE CUALQUIERA DE
ESTAS CUENTAS BANCARIAS:

**Banco Popular Español:
0075-0615-57-0600131097**

**Caja Madrid:
2038-1736-32-6000465811**

**BBVA:
0182-5906-80-0013060000**

**CajaSur:
2024-0801-18-3300023515**



3/7

Robert Spaemann:

Europa: comunidad de valores u ordenamiento jurídico

Alejandro Llano:

El carácter relacional de los valores cívicos

8.18/19

**Ante el
fallecimiento del
cardenal Marcelo
González Martín, arzobispo emérito
de Toledo:**

**Escribe Joaquín
Luis Ortega:
Un aplauso para
don Marcelo**

**Crónica
de las exequias**



28

**El psiquiatra don Aquilino Polaino
escribe sobre la adopción por parte
de parejas homosexuales:**

**«Hay consecuencias patológicas
en el adoptado»**



...y además

9 **Criterios**

10 **Cartas**

11 **Ver, oír y contar**

Aquí y ahora

12 **Centenario del nacimiento**

de don Casimiro Morcillo:

Un obispo del Concilio.

13 **El aborto, irracional e inhumano**

Iglesia en Madrid

12 **Centenario del nacimiento**

de don Casimiro Morcillo:

Un obispo del Concilio.

13 **La voz del cardenal arzobispo**

Testimonio

15 **El Día del Señor**

Raíces

16-17 **Iconografía cristológica medieval**

en la diócesis de León:

Los rostros de Cristo

20-21 **Mundo**

*Juan Pablo II, indomable
peregrino en Lourdes*

22 **La vida**

24-25 **El pequealfa**

Desde la fe

23 **Entrevista al arzobispo**

*Angelo Amato: La mujer tiene
un carisma propio de acogida al otro.*

26-27 **Encuentro Europeo de Jóvenes:**

*Peregrinos de Europa,
profetas de la esperanza*

29 **Libros.**

30 **Televisión.**

31 **No es verdad.**

32 **Contraportada**

Europa: comunidad de valores u ordenamiento jurídico

Muchos europeos confunden los valores con los derechos fundamentales. Ésta es la conclusión a la que llega el filósofo católico alemán Robert Spaemann. Para este catedrático, el peso que la sociedad europea otorga a sus valores supone un peligro, porque puede ocurrir que el Estado alegue estos valores para prohibir derechos a los hombres sin fundamento legal alguno. Recientemente, el profesor Robert Spaemann ha pronunciado una conferencia en el ciclo titulado *Empresa y sociedad civil*, organizado por la Fundación Iberdrola. Reproducimos, por su interés, el texto íntegro:

Nadie con aspiraciones intelectuales habla ya del bien y del mal. Hoy día todo el mundo habla de valores. Los partidos debaten sobre los valores fundamentales. Las Constituciones se conciben como ordenamientos de valores. Y en todas partes se discute si vivimos en una época de decadencia de valores o de transformación de valores. Las Iglesias se presentan a la sociedad, menos con el propósito de proclamar la voluntad de Dios y de dar testimonio de la resurrección de los muertos, que con la oferta de estabilizar la sociedad mediante la transmisión de valores y de dar a los jóvenes una orientación de valores. La OTAN, según el primer ministro inglés, ya no debe defender territorios, sino valores. Está llamada a proteger la comunidad de valores occidental y, desde hace poco, también a contribuir a su difusión combativa.

El peligro de hablar de valores

El discurso sobre los valores lleva consigo una profunda ambigüedad. Remitirse a los valores, o es trivial, o peligroso. O mejor dicho: el discurso sobre los valores es trivial y peligroso a la vez. Es peligroso por su ambigüedad; es trivial en tanto en cuanto cualquier sociedad comparte determinadas valoraciones. El número de cosas que apreciamos y que aborrecemos en común, en las sociedades modernas y desarrolladas, ha descendido, en relación con formas de vida más antiguas. También puede expresarse positivamente el mismo hecho, diciendo que ha aumentado la diversidad de las formas de vida, de las convicciones y valoraciones.

En estas circunstancias, se habla de pluralismo, un concepto que posee más bien connotaciones positivas. Pero también en las sociedades pluralistas existe un contingente irrenunciable de aspectos comunes, un repertorio de asociaciones vinculado a conceptos públicamente importantes. La comunidad de asociaciones se fundamenta sobre una base común de recuerdos. En la familia existe el *¿Te acuerdas de...?* que reúne a todos en una conversación común. También las naciones poseen un patrimonio de esta índole. En él se basan, por ejemplo, las fiestas oficiales. Una sociedad radicalmente pluralista no puede celebrar fiestas comunes. Es una gran pérdida.

Hay que tomar conciencia: el pluralismo tiene un precio. Y el del pluralismo total es demasiado elevado. Destruiría cualquier cultura desarrollada y haría imposible la convivencia de los hombres. Existen, con todo,



determinadas valoraciones cuya aceptación general resulta irrenunciable en una sociedad pluralista. A ellas pertenece la estimación de la tolerancia, es decir, de la disposición de respetar a los hombres y de no intervenir en la esfera de su libertad personal, incluso en el caso de que sus convicciones, valoraciones y formas de vida discrepen de las propias. Este respeto encuentra su expresión en

el Derecho, en un ordenamiento jurídico liberal. Es el Derecho el que independiza, hasta cierto punto, al individuo del respeto voluntario y de la tolerancia, e incluso de la conciencia de sus conciudadanos, al obligarle a respetar esta esfera de libertad. Cualquier ordenamiento jurídico es un ordenamiento coercitivo. Sólo de este modo se puede garantizar la libertad de todos. Las leyes



obligan a la obediencia también a aquellos que no están conformes. Suena desagradable, pero lo mismo puede expresarse diciendo que las leyes del Estado de Derecho no prescriben que uno esté de acuerdo con las valoraciones que constituyen su fundamento.

Al hablar del peligro del discurso sobre la comunidad de valores quisiera dirigir la mirada hacia la tendencia a sustituir paulatinamente, y cada vez más, el discurso sobre los derechos fundamentales por el discurso sobre los valores fundamentales. No me parece inocuo de ninguna manera. Es cierto –como dije al principio– que a la codificación de derechos y obligaciones, mediante una Constitución, subyacen valoraciones y estimaciones. Y es importante que, en una

ra. Un parlamentarismo restringido a un derecho electoral general, y delimitado por derechos fundamentales, sólo puede existir si la mayoría del pueblo lo quiere así. Precisamente, esto puede ser fomentado por las instituciones jurídicas, pero no se puede garantizar. Si el Estado pretende garantizarlo, tiene que convertirse en lo que justamente debería excluir: en una dictadura de opiniones políticas, o, como se dice hoy eufemísticamente, en una *comunidad de valores*.

Si ninguna duda el Tercer Reich ha sido una comunidad de valores. Se denominó *comunidad popular*. Los valores que en aquel entonces se consideraron supremos –nación, raza y salud– se colocaron, por supuesto, por encima del Derecho y del Estado, y, al igual que en los Estados marxistas, el Estado no era más que una agencia de valores supremos. Por este motivo, el partido que se había comprometido inmediatamente con estos valores, se hallaba siempre por encima del Estado. Ahora bien, ciertamente se producen con frecuencia situaciones en las que los ciudadanos se niegan a obedecer a una ley porque contradice sus convicciones con respecto a los derechos fundamentales del hombre. Pero existe un peligro allí donde el poder estatal –alegando valores más elevados– se considera legitimado para prohibir algo a los hombres sin fundamentación legal. A continuación enumeraré cinco ejemplos de este peligro:

1. Desde hace algunos años, se ha introducido un concepto en la esfera política que jurídicamente no tiene derecho de ciudadanía en ella: es el concepto de *secta*. *Secta* es una expresión negativamente connotada, con la cual las Iglesias cristianas tradicionales designan a comunidades cristianas me-

Allí donde la tolerancia se eleva a valor supremo, allí donde ella misma se coloca en el lugar de las convicciones que hay que respetar, se vuelve infundada y se anula a sí misma

comunidad, se apoyen y se difundan públicamente tales valoraciones fundamentales.

No es apetecible la situación en la que se halla un país como Argelia. Allí la realización de la voluntad mayoritaria fue ostentada por una dictadura militar, precisamente porque esta voluntad mayoritaria no quiso una democracia occidental, sino el Derecho islámico. Sólo queda la elección entre dos dictaduras, una tradicional y democrática, y otra de minorías, emancipado-

nores que se han separado de estas Iglesias a causa del Credo o de la praxis religiosa. En el lenguaje del ordenamiento jurídico estatal este concepto carece de lugar. Cualquier agrupación de ciudadanos fundada sobre la base de convicciones comunes en tanto en cuanto no infrinja las leyes vigentes o fomente esta infracción debe ser indiferente para el Estado. Pero, desgraciadamente, esto ya no es el caso. Las sectas se someten a observación estatal, el Estado está advirtiendo contra ellas y sus socios son alejados en la medida de lo posible de cargos públicos. En las recientes apreciaciones políticas, las sectas son comunidades que se definen por convicciones comunes, convicciones que discrepan de las de la mayoría de los ciudadanos o de la clase política. El criterio para el carácter de secta es que hacen propaganda misionera en favor de su convicción, poseen una fuerte cohesión interna, y a menudo también una sólida estructura jerárquica, así como, a veces, una personalidad carismática el que las dirige.

La tolerancia y las sectas

Puesto que todos estos criterios son vagos y que hasta la fecha en los Estados liberales no está prohibido pertenecer a estas comunidades, la acogida en el catálogo de las sectas es una decisión discrecional de los detentores del monopolio de la interpretación pública. La persecución se realiza, por lo general, mediante una presión informal, sobre todo a través de la discriminación de sus socios. ¿Por qué un Estado puede estar en contra de las sectas? Sólo porque empieza a considerarse a sí mismo como *comunidad*, como comunidad de valores, como magna Iglesia que excluye a las comunidades de disidentes. El Presidente del Estado francés designó, no hace mucho, a la tolerancia como uno de los tres valores supremos que debe interiorizar cada ciudadano. La tolerancia frente a la alteridad es valiosa, porque vale la pena respetar el hecho de ser uno mismo, la identidad. Tolerancia significa admitir la alteridad étnica, cultural, sexual o de convicción. La tolerancia es un valor elevado porque se fundamenta en la dignidad humana del individuo. Puedo exigir respeto frente a mi convicción, también de aquel que la considera equivocada, porque el respeto no se dirige al contenido de mi convicción sino a mí mismo que me identifico con ella. Si el otro considera mala la convicción intentará disuadírmel, si me quiere bien. Discutiremos, pero a la vez nos toleraremos. La fundamentación de la tolerancia en la convicción de la dignidad de la persona constituye una fundamentación sólida. Ahora bien, allí donde la tolerancia se eleva a valor supremo, allí donde ella misma se coloca en el lugar de las convicciones que hay que respetar, se vuelve infundada y se anula a sí misma.

El postulado de respetar otras convicciones se convierte entonces en exigencia de no tener convicciones que hagan posible considerar equivocadas las opuestas; convicciones que uno no esté dispuesto a convertir en hipótesis disponibles. Por tanto, convicciones que uno intenta llevar a otros y con ayuda de las cuales uno intenta disuadir a otros de las suyas. Tener convicciones, entonces, ya se considera una intolerancia. El postulado de tolerancia se trans-

forma en una dogmatización intolerante del relativismo como cosmovisión predominante, que convierte al hombre en un ser ilimitadamente disponible para cualquier tipo de imposiciones colectivas. La etiqueta que se acuña para denominar a las convicciones es la de *fundamentalismo*. John Rawls, que ciertamente no es sospechoso de fundamentalismo, ha puesto de relieve recientemente que una frase como *Fuera de la Iglesia, no hay salvación* no tiene por qué oponerse de alguna manera a una sociedad liberal, mientras no se intente obligar a los hombres a su salvación mediante el brazo del Estado. Las Iglesias cristianas están mal orientadas si unen su crítica de las sectas a la del Estado y no protegen a esos grupos, incluso si consideran equivocadas sus convicciones. Si esas Iglesias siguen mermando su número como hasta la fecha, será, de todos modos, una cuestión de tiempo el que sean percibidas públicamente como sectas. En Hans Küng ya se puede leer ahora que la Iglesia católica es una gran secta y, si se adoptan los criterios mencionados, ni siquiera es equivocado. Ahora el brazo estatal empieza a dotarse de una religión civil. Las conquistas duramente adquiridas del Estado de Derecho liberal se vuelven a perder si el Estado se comprende como comunidad de valores; incluso cuando es una comunidad *liberal* de valores, que entiende el liberalismo como cosmovisión, en vez de como ordenamiento jurídico. La persecución de las sectas es un indicador bastante seguro del peligro inminente: el peligro del totalitarismo liberal.

El poder de las instituciones

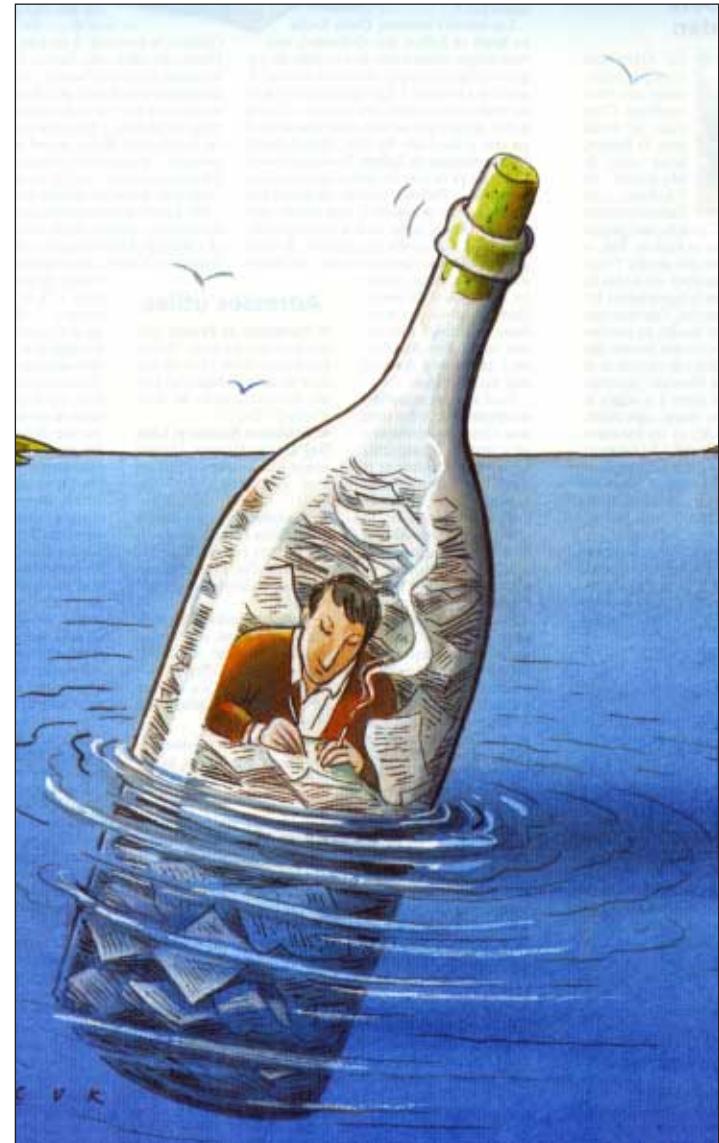
Otro indicador se presenta cuando se recurre a las instituciones estatales para boicotear determinadas posturas políticas conformes con la Constitución. Así en Alemania –al contrario de lo que ocurre, por ejemplo, en Suiza– se intenta impedir una discusión pública sobre la cuestión de la inmigración calificando como indecentes las posturas restrictivas o el autoentendimiento étnico-cultural de la nación, y relacionándolos con la violencia contra los extranjeros. El autoentendimiento de un Estado no debe exponerse al riesgo de un discurso democrático. Hay que asumir, sin embargo, que esto ocurre en la polémica política. Y no se corre ningún riesgo si se realizan manifestaciones *contra la derecha*; pero es peligroso si el Estado y hasta el propio Presidente federal alemán organiza estas manifestaciones y les concede sus bendiciones. Además, es una declaración pública de la impotencia estatal. El instrumento del Estado contra la ilegalidad y la violencia –de autóctonos contra extranjeros y de extranjeros contra autóctonos– es la policía; está además la educación cívica, que debe inculcar el respeto de posturas derechistas e izquierdistas, así como el rechazo de la violencia, sea cual sea su justificación. El Estado como *pacto contra la derecha*: esto significa comunidad de valores en vez de Estado, y en esta situación deben sonar las campanas de alarma.

Finalmente, también es un indicio más la cuarentena que se impuso a Austria hace algunos años. Residencias de refugiados se incendiaron en Alemania; se persiguió a algunos inmigrantes en España; neonazis se manifestaron en Suecia: nada de esto ocurrió en Austria. Y las minorías en Francia no

pueden ni soñar con el estatuto de minorías que tienen los eslovenos en el Land austriaco de Carintia. Pero esto no tenía importancia. No se trataba en modo alguno de derechos y su infracción, sino de valores y su articulación verbal. Era cuestión de *political correctness*. Se trataba de que no se suspendiera la pacífica formación del Gobierno en Viena por razón de algunos desaires verbales de un político comprometido de partido. En este caso, según el informe de tres *sabios*, el Derecho venció, afortunadamente, sobre la comunidad de valores, hecho que no impidió, por cierto, que el Gobierno federal alemán continuara todavía algún tiempo con la proscripción del vecino. Poner en juego las valoraciones comunes es válido mientras se trate de cuestiones de inmigración en un Estado, o de acogida en una federación de Estados. Puesto que no existe ninguna exigencia jurídica, ningún Estado tiene que justificar sus criterios de selección frente a los solicitantes. Se permite, por principio, cualquier *marginación*, sea por razones religiosas, por profesión, nacionalidad o fortuna. No existe derecho humano al derecho de ciudadanía en todos los países. En cambio, según la concepción jurídica europea, es inadmisible sustraer o restringir los derechos de ciudadanía por una de esas razones.

El cuarto ejemplo es la guerra de Kosovo. Ya dejó entrever lo que iba a suceder, y lo que de hecho sucedió, con la guerra de Iraq. Como es sabido, esta guerra se llevó a cabo en nombre de *nuestros valores*. Una guerra de intervención para impedir el destino de todo un pueblo de su patria sirve sin duda a una *causa justa*. (Sin embargo, uno se extraña de que el ministro alemán de Asuntos Exteriores, sólo en el momento en el que se produjo este caso, descubrió que existen guerras de agresión a favor de una causa justa). Sin embargo, llevar a cabo una guerra de esta índole era incompatible con el Derecho internacional vigente, hecho al que remitieron, entre otros, Henry Kissinger y Helmut Schmidt.

El Derecho internacional reconoce exclusivamente la guerra de legítima defensa contra agresiones al propio territorio o al territorio de Estados aliados. Lo que da que pensar es que el nuevo estado de cosas no condujo a una revisión de la condena de la guerra de agresión por parte del Derecho internacional –a través de una definición precisa de reconocidas razones de justificación de una tal guerra–, ni tampoco a la rescisión



de los Acuerdos contrarios en vigor hasta el momento. Los *valores* de los que se trataban daban más bien autorización a aquellos que actuaban en su nombre para ignorar simplemente las normativas jurídicas vigentes. También aquí, el que actúa en nombre de la comunidad de valores se sitúa por encima de la ley. Hubo un tiempo en que esto se llamaba totalitarismo.

Mi último ejemplo es el más dramático. Se trata de la conferencia de la ministra alemana de justicia, Zypries, en octubre de 2003 en la Universidad Humboldt de Berlín, en la que abogó por una liberación del uso de embriones humanos producidos *in vitro* para fines de investigación. Su argumentación tenía la forma de una pondera-

Ilustración
de Selçuk,
en *Le Nouvel
Observateur*





Ermita
de la población
francesa
de Loisirs

La persecución de las sectas es un indicador bastante seguro del peligro inminente: el totalitarismo liberal

ción de valores. Para ella, tanto la existencia del embrión como la libertad de investigación son valores. Hay que ponderarlos y, como resultado de una tal ponderación, habría que dar la preferencia a la libertad de investigación. No quiero indagar aquí en los criterios de la ministra y tampoco en su definición de la persona, a la que, por cierto, no

sólo pertenece la autoconsciencia actual –personas que duermen, lactantes y deméntes geriátricos no serían personas según esta definición–, sino también en el propio hecho de ser reconocido. Lo que no está reconocido como persona no es persona. Lo que tiene que interesarnos en este orden de ideas es el hecho de que aquí se considera el derecho a la vida como *valor*, que debe

ponderarse respecto de otro valor y que hay que sacrificar en determinadas circunstancias a este otro. En este caso triunfa, naturalmente, la libertad de investigación. Es un derecho fundamental incondicional. El especialista en Derecho Público Martin Krielle llamó la atención, ya hace muchos años, sobre el tema de los derechos incondicionados. La exigencia de respetar el derecho de los demás no es lo que los garantiza, porque de antemano está a un nivel inferior. El valor de la libertad del arte no tiene que me-

dirse con el derecho de un hombre a que su coche no sea enterrado en hormigón. Y nunca en la historia de la constitución de la libertad de investigación se le ocurrió pensar a alguien que Galileo debía haber tenido el derecho de instalar, sin previa autorización del propietario, su telescopio para observar el cielo en tejados ajenos que tuvieran una ubicación más favorable; ni aunque la ponderación entre la libertad de la ciencia y el derecho a la propiedad condujera, en este caso, a una prelación de la libertad de la ciencia.

Sólo en la República federal alemana de los años setenta esto, de pronto, habría cambiado. Los artistas y científicos debían tener derecho a desfogar su individualismo autónomo sin tener que respetar los derechos de sus conciudadanos. Afortunadamente, esta nueva idea todavía no se ha trasladado al ámbito de la decisión responsable. Ésta presenta más bien el siguiente aspecto: el trompetista puede tocar donde y las veces que quiera, pero no a costa de nuestro descanso nocturno; el artista puede enterrar coches en hormigón, pero no el nuestro; el científico puede utilizar libros, microscopios y observatorios, pero no los de otras personas sin su autorización; y todo esto sin lugar a dudas. Pero si los sujetos que están en la base de todos los valores y todas las valoraciones se entienden ellos mismos como *valores*, entonces su estatus jurídico se convierte en un objeto de ponderación y los criterios de esta ponderación se determinan por las valoraciones de aquellos que son capaces de salirse con la suya del modo más efectivo. Los más débiles fracasan.

A mi modo de ver, el discurso de la comunidad de valores es la expresión paradójica de un relativismo moral y político. Charles Péguy lo llamaba *modernismo*, y modernismo significaba para él «no creer, lo que se cree». Lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, lo honrado y lo abyecto, todo esto sólo sería la expresión de valoraciones subjetivas, individuales o colectivas. Todos valoramos, pero los relativistas occidentales enseguida ponen sus valoraciones entre paréntesis. Y lo que permanece fuera de los paréntesis es precisamente el relativismo, que confunden con la tolerancia, y mediante este truco lo proclaman como valor supremo. Pero dado que a todo el que tiene determinadas convicciones que no está dispuesto a poner en juego se le considera intolerante, y puesto que con la intolerancia no parece haber tolerancia, el postulado de tolerancia se anula a sí mismo. Sólo es válido en un contexto relativista. Pero ¿qué significa entonces *comunidad de valores*? No es la comunidad no institucionalizable y oculta de aquellos que humildemente intentan conocer y hacer el bien, sino más bien la sociedad organizada de aquellos que presumen de haber encontrado la verdad; se podría decir que es una parodia de la Iglesia cristiana, pues la verdad que sostienen proclama paradójicamente que respecto del bien y del mal no existe la verdad.

Los valores no se inventan

Los derechos humanos son algo respecto de lo cual hemos creado un consenso. El intento de mover también a hombres de otras culturas a reconocerlos falla, precisamente, en este concepto de comunidad de valores. Pues, si *nuestros valores* son el resultado de nuestra historia y de nuestras opciones, entonces no hay ningún motivo –excepto los de política del poder– para obligar a otros a aceptar nuestras opciones, por ejemplo, que la dignidad humana debe concretarse en todas partes a través de las instituciones de las democracias parlamentarias y de los derechos humanos individualistas. Pero los valores en realidad nunca son algo a lo que optamos, sino algo que precede a las opciones y fundamenta estas opciones; por tanto, aquello en lo que creemos realmente. Aquello por lo que hemos optado y seguimos optando a causa de esta fe: eso es un ordenamiento jurídico.

La base de los valores de un ordenamiento jurídico moderno exige que los derechos de los ciudadanos, o de un grupo de ciudadanos, no dependa del hecho de que estos ciudadanos compartan esa base de valores y obedezcan las leyes, incluso si esta obediencia es simplemente la que se dispensa a un poder de ocupación extranjero para posibilitar que la vida siga en el propio país. Se obedece, pero no por pertenecer a su comunidad de valores, sino porque uno conoce el valor de la paz interna, *pax illis et nobis communis*, como escribió san Agustín.

La futura Europa sólo podrá ser una comunidad jurídica en la que todos los ciudadanos de los países de tradición europea encuentren un techo común, si posibilita y protege comunidades con valoraciones comunes, pero renunciando ella misma a ser una comunidad de valores.

Robert Spaemann

La búsqueda de la verdad, frente a la búsqueda de la certeza

El carácter relacional de los valores cívicos

El profesor de la Universidad de Navarra Alejandro Llano pronunció también en el mismo ciclo sobre *Empresa y sociedad civil*, organizado por el Foro Iberdrola, una conferencia que resumimos en lo esencial

Ano pocos cultivadores de las ciencias sociales y políticos en activo les preocupa seriamente la desvitalización de la democracia, como resultado del monopolio que de la vida pública tienen, de hecho, los partidos: la partitocracia es, efectivamente, una grave enfermedad política, especialmente en los países latinos y centroeuropeos. Por mi parte, en cambio, considero que nos encontramos ante un problema de más amplio alcance. Se trataría de una *colonización del mundo vital*, de la existencia interpersonal y social, por parte, no sólo de las organizaciones políticas, sino también de los otros dos componentes que integran el *tecosistema*, a saber, el mercado y los medios de comunicación colectiva.

El entrelazamiento y mutua imbricación de Estado, mercado y medios de comunicación social da lugar a una *tecnosctructura* autorreferencial, que dificulta extraordinariamente la posibilidad de una comparecencia activa de los ciudadanos y de las instituciones sociales básicas –como son la familia, la escuela o la empresa– en el espacio público. En consecuencia, no creo que la vitalización de la vida social pueda proceder a una reforma de la estructura político-económica. Eso vendría a ser algo así como poner al lobo a cuidar de las ovejas.

Humanismo cívico

El nacederío de las energías que pueden regenerar y revitalizar el tejido social se encuentra, a mi juicio, en los propios ciudadanos y en las solidaridades primarias y secundarias que emergen desde la espontaneidad vital y la responsabilidad cívica. Parto del convencimiento de que el intervencionismo estatal en la vida personal, familiar y empresarial, la mercantilización consumista y la manipulación de la opinión pública llegan tan lejos como se lo permite la irresponsabilidad ciudadana, el narcisismo individualista y la renuncia a pensar por cuenta propia.

A esta propuesta regeneracionista la denomino *humanismo cívico*, siguiendo sugerencias de estudiosos recientes de la tradición republicana, entre los que destaca a Hans Baron y J.G.A. Pocock. Debajo de tal rótulo no se ofrece, obviamente, un manifiesto político, ni de una especie de metaprograma de gobierno. Es una interpretación de los rasgos culturales de nuestro tiempo y la propuesta de un cambio de paradigma intelectual, como condición de posibilidad de una emergencia de la sociedad misma en una complejidad cada vez más tupida.



El predominio de los factores tecnocráticos en la configuración de la cosa pública está ligado a la prevalencia del *paradigma de la certeza*, propio del racionalismo moderno. Según este modelo epistemológico representacionista, la realidad se agota en el panorama de unas objetividades únicas y homogéneas, a las que se puede acceder, sin temor a errar, por medio de un método adecuado, que vendría a ser la lectura matemática de una realidad física y social entendida de modo mecanicista, según las propuestas de Galileo, Descartes y Hobbes. De acuerdo con este enfoque, no hay profundidad en lo real, que se presenta ante el espectador riguroso sin misterio alguno. El investigador salta de objetividad en objetividad, realizando un indefinido proceso de articulación y desarticulación de las representaciones fenoménicas, tanto en el ámbito de la naturaleza como en el de la sociedad.

La reflexión sobre el *final de la modernidad* –anticipada hace más de medio siglo por Romano Guardini– y el surgimiento de una *nueva sensibilidad*, a la que –en cierto sentido– se podrá calificar de *postmoderna*, han puesto masivamente en evidencia que el proyecto ilustrado resulta imposible.

Es preciso sustituir el *paradigma de la certeza* por el *paradigma de la verdad*, según la terminología de Alasdair MacIntyre. Conforme a este segundo modelo, el conocimiento de la realidad no es una *tekhné*, sino que constituye una *praxis* en sentido aristotélico, es decir, un rendimiento vital (el más pleno) del hombre y la mujer que buscan desentrañar el misterio de lo real, atraídos amorosamente por la verdad en la que ese enigma se desvela a lo largo de la Historia.

Además, nunca es un empeño individual, porque el progreso del saber sólo acontece en comunidades de indagación y aprendizaje, que van decantando tradiciones de investigación, en las que las personas se integran y contribuyen a la empresa epistemológica común. Las comunidades –familia, escuela, empresa– que se constituyen en protagonistas nativos de la actividad social no son un mero agregado de individuos, ni una totalidad inicial que luego pudiera trocearse, sino que su realidad es la de un plexo de relaciones, de manera que los valores que ellas acogen y promueven tienen siempre, a su vez, una índole relacional.

Inmigrantes en Francia esperan desde las tres de la madrugada para poder acceder a la oficina de inmigración

Alejandro Llano

Un aplauso para Don Marcelo

En el tramo final de un agosto vacacional y caluroso, el cardenal Marcelo González ha pasado a la paz de Dios, que tanto había ansiado y merecido.

Le visité, por última vez, el día 15 en cumplimiento de un rito amistoso que se repetía cada mes de agosto, aprovechando su estancia veraniega en Fuentes de Nava. Lo encontré bastante deteriorado en lo físico y en lo mental, aunque no tuve conciencia de que estaba ya a sólo diez días de su muerte. No lograba articular las palabras, a pesar de su esfuerzo, y no parecía entender lo que se le decía. Sólo en el apretón de manos de la despedida, intenso y prolongado por mi parte, intuía que quizás percibiera mucho más de lo que era capaz de expresar. Por su parte, la despedida consistió en un aplauso. Era, según las personas que le cuidaban, su forma de comunicación más recurrente en los últimos días.

Su muerte me ha sorprendido en Silos, lugar ameno y propicio para preparar el retorno al laboreo de un nuevo curso. También la comunidad silense recuerda a Don Marcelo con amistad agradecida. Aquí he leído las crónicas y necrológicas que han aparecido en la prensa. Pocas y escasamente certeras, en general. Fruto, quizás, del estiaje informativo de finales de agosto. Por otra parte, la intensidad de vida y obra de Don Marcelo, a lo largo de sus 86 años, se acompaña malamente con la brevedad obligada de las reseñas periodísticas.

A grandes trazos, habría que hablar de su origen vallisoletano, modesto y laborioso; de su formación en Comillas, religiosa, intelectual y humanísticamente esmerada; de sus andanzas pastorales ya en Valladolid, alternando la acción social en barrios nuevos y viejos, con la docencia universitaria de la Religión en la que mantuvo la admiración y el respeto de muchas generaciones de alumnos. Y ello, sin olvidar sus prédicas, acompañadas siempre de profundidad y elocuencia. Y de público, que acudía masivamente a sus sermones dominicales en la parroquia de Santiago.

Luego, a los 42 años, le llegó la explicable promoción episcopal. En 1960, con el Vaticano II a punto de caramelo. Don Marcelo recaló en Astorga, y allí, durante seis años, desplegó su celo pastoral de obispo novato y de sacerdote experimentado. Desde su sede asturicense asistió, con aplicación de alumno, a las sesiones del Concilio, que iba a dejar en su vida una huella indeleble.

La obediencia al Papa, y no otra cosa, le llevó en 1967 a la sede de Barcelona. Así lo hizo constar en su



Don Marcelo, con los niños de El Membrillo (Toledo)

memorable homilía de entrada. Fueron para él años de prueba y, en muchas ocasiones, de amargura. Los prejuicios políticos de una porción significativa del clero y del rebaño cristiano esterilizaron una entrega personal y pastoral que tendría que haber sido fecunda.

Por fin, en 1971 y no sin heridas en el alma, pasó a Toledo en calidad de arzobispo Primado. Toledo, hasta su obligada renuncia en 1993, fue para Don Marcelo la plenitud humana y pastoral, el ápice de su pontificado ya cardenalicio, desde 1973, por designio de Pablo VI. Sus prioridades pastorales fueron las vocaciones, especialmente las sacerdotiales, la enseñanza de la doctrina cristiana, la restauración del tradicional rito mozárabe o hispano; punto en el que su aportación es comparable a la de otros dos grandes arzobispos toledanos: Cisneros y Lorenzana. Y todo ello, sin perjuicio de su relevancia social e intelectual, ni de su siempre apreciada presencia en la Conferencia Epis-

copal, especialmente en el terreno de la liturgia. Dígase lo mismo de sus afanes como predicador, conferenciante y escritor, ejercidos siempre con hondura de doctrina y la enjundia característica de su buen decir castellano. Añádase su recatado pero intenso mecenazgo cultural, apoyando económicamente a autores y libros. De ello pude dar buena fe como director de la BAC.

Toda esta riqueza personal y pastoral de Don Marcelo parece condenada al olvido en las primeras reseñas que ha inspirado su muerte. A mi juicio, se trata de una injusticia notoria reducir su paso por la historia de España y de la Iglesia a un par de plomazos de signo político. Don Marcelo, el Don Marcelo a secas de títulos y honores, ha sido por encima de todo un gran pastor de la Iglesia. Sensible a los tiempos en que vivió y fiel a su conciencia, hizo las opciones políticas que le correspondieron en función de su responsabilidad pastoral. Fue indiscutiblemente conservador,

pero siempre lejos del cerrilismo. Se decantó por soluciones de signo tradicional pero nunca retrógradas. Su coincidencia histórica con el cardenal Tarancón le empujó a un terreno marcado más por la interpretación política o mediática circundante que por la realidad española. Se sentenció, no sin cierto fundamento pero con engañoso y simplista radicalidad, que Tarancón era el futuro y Don Marcelo el pasado. Se trataba de un espejismo saduceo en el que, curiosamente, no cayeron los interesados. Ambos muy parejos en calidad y grandeza, a pesar de sus palmarias diferencias.

Sería muy deseable que una labor histórica sería superar pronto las parcialidades y los juicios precipitados que se han producido a la muerte de Don Marcelo. Él era un hombre de largos silencios, pero tenía muchas cosas que decir. No sirve recordar sólo y sin matices que se opuso a la ley del divorcio y a la Constitución de 1978 (por cierto, a un par de puntos de su texto) y silenciar que también se las tuvo tías con algunos gobernadores y alcaldes del franquismo que obstaculizaban su labor social en Valladolid. Tampoco es de ley interpretar sólo en clave política el paso por la Historia de un hombre que abundaba en valores de esos que trascienden la contingencia histórica de lo pasado o de lo futuro. Por ejemplo, la honradez probada, la grandeza de alma, la religiosidad profunda, la elocuencia o el señorío.

Yo me atrevo a pedir en este momento un aplauso para Don Marcelo. Fue lo último que le vi hacer en su postración de Fuentes de Nava: aplaudir con sus manos grandes y temblonas. Y dejo aquí constancia de que mi amistad con Don Marcelo no ha sido de siempre. Hubo un tiempo en que no había sintonía entre nosotros. En 1977, siendo yo director de *Ecclesia*, tuve con él un fuerte desencuentro por un asunto relativo a la revista. Yo le hice saber mi malestar y él me invitó a conversar sobre el tema. En el diálogo con él descubrí a un Don Marcelo para mí desconocido. Sereno, escuchador, amable y convincente. De ahí, del desacuerdo, surgió una amistad larga, deleitosa y, sobre todo, sostenida. A pesar de las diferencias de edad, rango y opinión.

Ahora, mientras en Toledo se procede a su inhumación, me queda la certeza de que nos ha dejado un pastor ejemplar y un hombre grande. Grande hasta en la amistad. Por eso, pido para él un aplauso.

Joaquín L. Ortega
Director de la BAC

La roca, o el vacío

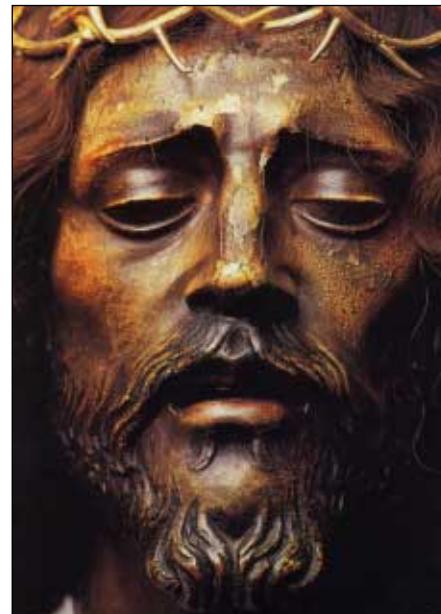
Paseando este verano por una bella ciudad de la costa española alguien lo vio. En el cinturón natural de una quinceañera se podía observar un curioso tatuaje, hoy tan a la moda. Parecían letras y el paseante no alcanzaba a descifrar la leyenda tatuada, hasta que la tuvo de frente: *Carpe diem* llevaba escrito la niña allí precisamente donde la misma naturaleza testimonia que la vida es don que se recibe, no juguete que se fabrica para usar y tirar, con fecha de caducidad cada vez más breve. Pero tal juego parece propagarse hoy como una plaga imparable, como si en toda la tierra sólo hubiese arenas movedizas sin una sola roca en la que apoyarse. La inmensa mayoría de los medios de comunicación no dejan de sustentar este juego, terrible e inhumano, de una vida sin más horizonte que el vacío y la nada, de una inhumanidad tal que niega, cada vez en edades más tempranas, la verdad del cuerpo que es sacramento del Creador, y hasta la verdad del corazón que es exigencia de eternidad. De este modo, nada puede construirse, y el ser humano, contra sí mismo, parece complacerse en la destrucción.

Sólo se construye de veras sobre roca. Fuera de ella todo acaba destrumbándose, por mucha y aparentemente poderosa *realidad virtual* que pretenda producirse con las tecnologías al uso. Es más, la propia *virtualidad* al uso, cada vez más cínicamente, se define con el *carpe diem* de la niña del verano. Mas no todo es momentáneo y fugaz en los tiempos que corren. Buen testimonio de ello son los miles de jóvenes españoles y del resto de Europa que, hace apenas un mes, peregrinaron a Santiago de Compostela y participaron en el Encuentro Europeo de Jóvenes en la ciudad del Apóstol; y lo son igualmente tantos otros, sean pocos o muchos los años de su juventud, cuya vida, precisamente por estar asentada sobre la Roca, resiste los embates de esta cultura de lo efímero que parece dominarlo todo y en todas partes. Tal *dominio*, sin embargo, no es más que pura apariencia, barrida una y otra vez por la fuerza testaruda de los hechos, que termina pasando la factura del dolor y la desesperanza, tras el falso gozo del *carpe diem*, a cuantos se empeñan en cerrar los ojos a la realidad pretendiendo inventarla *virtualmente* –en realidad, caprichosa e irracionalmente– cada día.

Hechos, roca firme y segura, aun coronada de espinas como el ícono que ilustra esta página: he aquí la auténtica realidad que vence, ¡ha vencido ya!, la mortal ensoñación que contamina el mundo contemporáneo. De esta victoria dan buena fe los peregrinos de Santiago, a quienes se dirigía,



recientemente, ese Peregrino excepcional que es Juan Pablo II, alentando su esperanza y la de Europa entera. Invitamos a leer con atención las páginas de nuestro tema de portada, en este primer número de *Alfa y Omega* tras las vacaciones. Merece la pena. Si ya hace tiempo que la citada *ensoñación* invade Europa, últimamente, y en particular en nuestra España, está alcanzando cotas inauditas. El antídoto no puede ser otro que la mejor manera de aprovechar cada día: respetar íntegramente y con absoluta fidelidad los hechos, estar firmemente cimentado sobre la roca de la verdad de toda persona humana, del matrimonio, de la familia, del trabajo, de la educación..., en definitiva, de la auténtica realidad de todos y cada uno de los seres humanos, desde su concepción en el seno materno hasta su fin natural, que la *victoria* reseñada ha abierto a la esperanza definitiva de la vida eterna que reclama la verdad



insobornable del corazón. En las antípodas, pues, del irresponsable *carpe diem* en boga.

Al reanudar la cita semanal con nuestros lectores, *Alfa y Omega* quiere hacerlo con una palabra, sobre todo, de esperanza. Ante una Europa, y un mundo, con todos los *valores* comunes

que se quiera, crecientes cada día en número y diversidad como en falsedad y fugacidad, y por ello incapaces de ofrecer esperanza, el camino no es otro que mirar y seguir –no están tan lejos, ¡los tenemos a nuestro lado!– a cuantos están firmemente arraigados en esa *Roca* que es la Verdad de la vida, a los *testigos*

de lo auténticamente humano, que no se fabrica ni se inventa; sencillamente, ¡se reconoce! No son *valores* etéreos lo que genera la esperanza, sino el seguimiento de tales *testigos*. A esto se le llama educar, una roca sobre la que se construye la vida. La alternativa, el vacío.

La mujer en el mundo

De la *Carta a los obispos sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el mundo*:

El Santo Padre ha escrito: «La mujer es otro *yo* en la humanidad común. Desde el principio aparecen [el hombre y la mujer] como *unidad de los dos*, y esto significa la superación de la soledad original en la que el hombre no encontraba *una ayuda que fuese semejante a él*. (...) Se trata de la compañera de la vida con la que el hombre se puede unir, como esposa. (...)

El pecado original altera el modo con el que el hombre y la mujer acogen y viven la Palabra de Dios y su relación con el Creador. (...) Como consecuencia se tergiversa también el modo de vivir su diferenciación sexual. (...) En las palabras que Dios dirige a la mujer después del pecado, se expresa, de modo lapidario e impresionante, la naturaleza de las relaciones que se establecerán a partir de entonces entre el hombre y la mujer: «Hacia tu marido irá tu apetencia, y él te dominará». En esta trágica situación se pierden la igualdad, el respeto y el amor que, según el designio originario de Dios, exige la relación del hombre y la mujer. (...)

Considerar y analizar los problemas inherentes a la relación de los sexos sólo a partir de una situación marcada por el pecado llevaría necesariamente a recaer en los errores anteriormente mencionados. Hace falta romper, pues, esta lógica del pecado y buscar una salida, que permita eliminarla del corazón del hombre pecador. (...)

En Cristo, la rivalidad, la enemistad y la violencia, que desfiguraban la relación entre el hombre y la mujer, son superables y superadas. (...)

La relación hombre-mujer no puede pretender encontrar su justa condición en una especie de contraposición desconfiada y a la defensiva. Es necesario que tal relación sea vivida en la paz y felicidad del amor compartido.

+ Joseph Ratzinger
Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe

Fin y medios



El fin no puede nunca justificar los medios. De otro modo, ¿cómo reaccionaríamos si mañana alguien, al estilo Robin Hood, decidiera robar a los que algo tenemos para repartirlo entre los pobres? El fin es ejemplar, aunque los medios son más que criticables. ¿Y si mañana alguien decidiera matar a terroristas con el pretendido fin de evitar que volvieran a asesinar? Creemos que hay otros medios para ayudarles. Así, hasta el punto de utilizar otras vidas –robo de órganos– para salvar la nuestra o la de los más cercanos. Ni en ese caso sería justificable emplear las vidas de otros. En otro caso estaríamos volviendo a los errores del pasado, empleando supuestos seres inferiores para investigar con ellos en pos de la ciencia –nazismo–. El fin sabemos cuál es, apostemos por medios creadores. Y, en caso de no haberlos, esforzémonos por encontrarlos. No en vano,

en la Medicina actual, existen otros medios para tal fin –células madre de tejidos adultos– que respetan la vida, aunque perjudican los intereses de empresas con mucho poder que se han especializado en investigar medios no lícitos –investigación con embriones–. ¡Ayudemos a esas empresas a reorientar su investigación! ¿No cree usted que tales individuos –los embriones–, si bien frágiles y débiles, merecen la suerte que usted y yo hemos tenido, y así poder nacer para realizarse en este mundo? ¿Les podemos negar su derecho a nacer?

Marcos Labori Bau
Barcelona



Occidente e islamistas

La civilización occidental está en grave peligro, no tanto por los fanáticos islamistas mismos, sino por la pasividad, blandura, tolerancia irresponsable y pacifismo derrotista que cunden en todas las naciones occidentales, y muy particularmente en nuestra querida patria. Ese afán de echarse tierra encima por nuestros errores históricos, que muchos quieren compensar con tolerancias no correspondidas, junto con ese temor desmedido a ofender por llamar al pan, pan, y al vino, vino, nos va a costar caro. Los comentaristas hablan del Islam calificándolo de religión pacifista, cuando en realidad su extensión por el mundo no se efectuó mediante un proselitismo misionero pacífico, sino con guerras sangrientas; y su intransigencia hacia otras creencias, o la falta de ellas, es una realidad histórica que continúa en nuestros días, como puede comprobarse con sólo visitar cualquier país musulmán.

No solamente los extremistas, todos los adeptos y apologistas del Islam explican la violencia terrorista acusando a las potencias occidentales de causar la pobreza que atenaza a tantísimos súbditos (no ciudadanos) de esos países totalitarios, cuando en realidad esa pobreza es producto de la corrupción y falta de responsabilidad social, que es norma en esos Gobiernos totalitarios, todo ello aderezado con la falta de evolución humanística. En resumen, que, como la actitud mayoritaria del pueblo español no cambie, Hispania volverá en un futuro no muy lejano a ser de nuevo Al-Andalus.

Feliciano Gonzalez Gutierrez
Viladecans (Barcelona)



Experiencia en clase

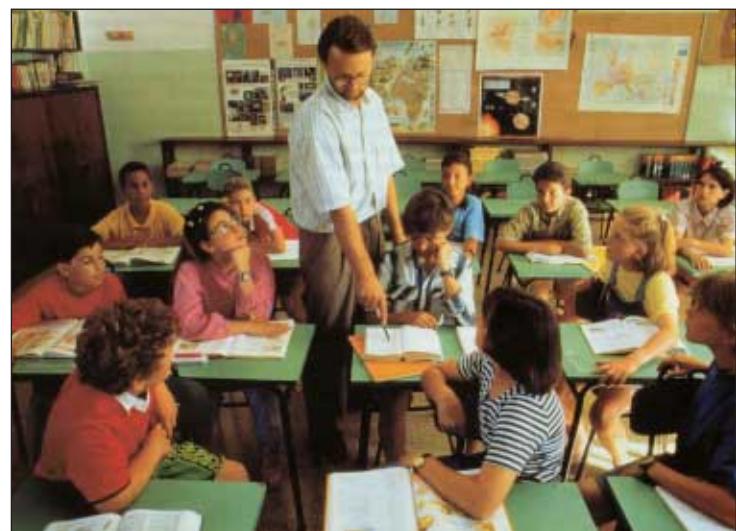
Es un seglar, profesor de Religión desde hace 24 años en un centro público de ESO. En los últimos años, su tarea y la de sus compañeros se ha ido haciendo cada vez más difícil e ingrata, sobre todo porque las legislaciones educativas han ido arrinconando esta asignatura hasta convertirla en una materia de segundo orden y, en consecuencia, a los que la imparten se les prohíbe ser tutores, ejercer cargos directivos, los derechos de antigüedad, la reducción horaria por edad, etc...

Durante estos años, mi amigo se ha esforzado por transmitir en sus clases no sólo conocimientos, sino testimoniar los valores cristianos ante sus alumnos. Y ¡cuántas veces ha tenido que sacar fuerzas de flaqueza para conseguir que los chicos se interesen y se les haga agradable la asignatura, y conseguir así que el curso siguiente no se cambien a una *alternativa sin contenido alguno*. Y esto, no ya por celo evangelizador, sino también porque peligra su trabajo y el pan de su familia.

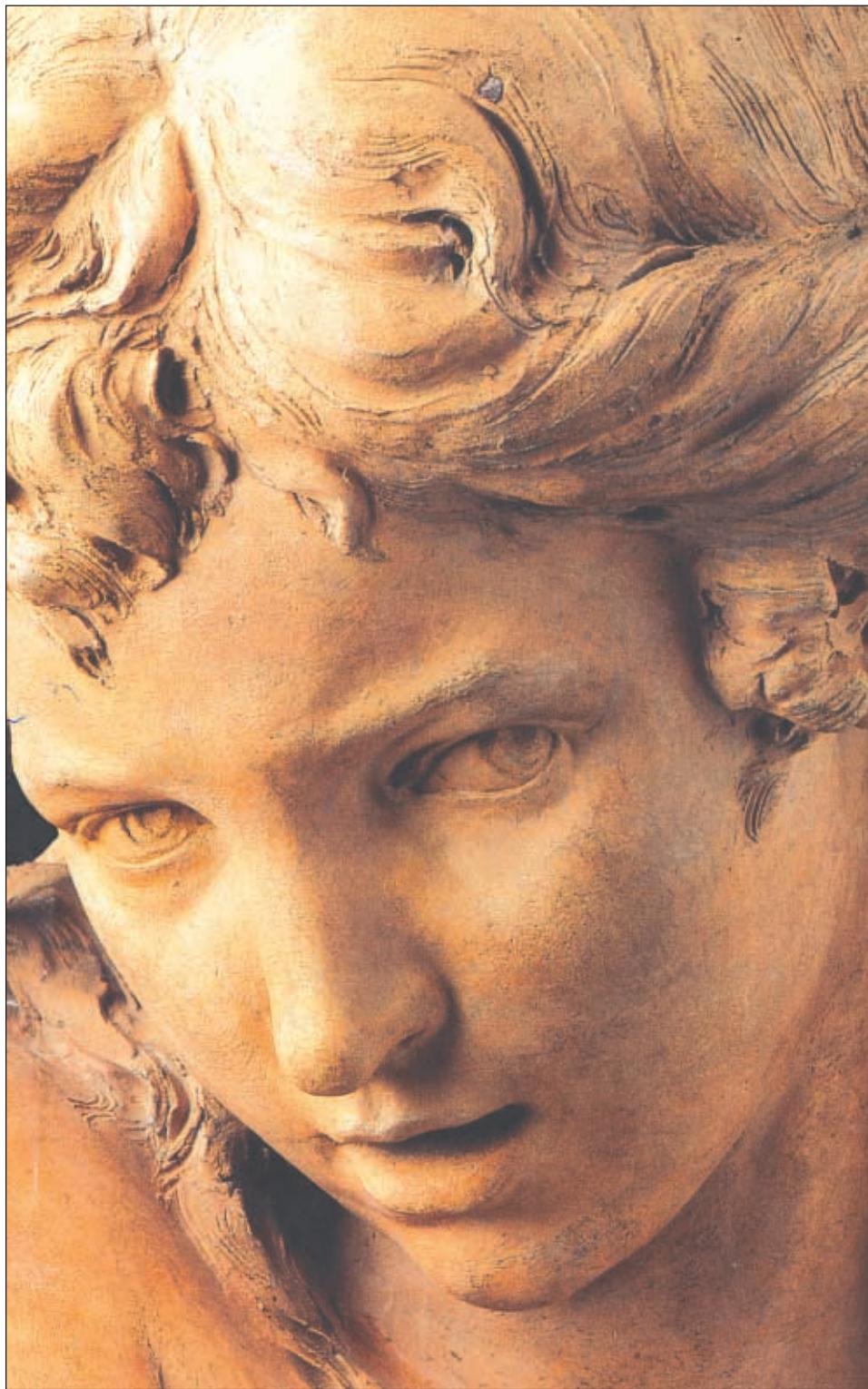
He hecho estos prolegómenos para que se entiendan mejor los hechos. El pasado 16 de marzo, mi amigo estaba sumido en una profunda depresión anímica, porque, aparte de las dificultades habituales, algunas ya señaladas más arriba, unos días antes se había producido el trágico y brutal atentado terrorista en Madrid, y porque los resultados electorales posteriores le habían producido una gran incertidumbre sobre el futuro de la enseñanza religiosa. Las dos primeras clases de ese día fueron difíciles de impartir, pero lo peor vino en la tercera: había algunos alumnos que, con su actitud, dificultaban sobremanera el desarrollo de la clase. Tan es así que, a los pocos minutos de su inicio, se tuvo que salir porque las fuerzas le abandonaron; se encontraba totalmente derrumbado. Como la capilla, con el Santísimo, estaba contigua al aula, entró en ella buscando refugio tal vez. A los pocos minutos, regresó a la clase y les reprochó su mal comportamiento. Todavía le quedaba una clase, y ésta era con uno de los grupos más difíciles, ¡y a penúltima hora! Estaba decidido a no darla y a ponerlos a estudiar. Cuando sonó el timbre, entró en el aula y, para su gran sorpresa, ¡todos los alumnos estaban sentados y en el más absoluto silencio! Comenzó a dar la clase y su asombro iba en aumento; ¡qué actitud tan atenta y receptiva! Se bebían sus palabras, hacían preguntas muy pertinentes... ¡No se lo podía imaginar! Al final les preguntó qué les pasaba, y le contestaron que nada, y que la clase les había interesado. Dos días más tarde, estaban igual que siempre: distraídos y habladores.

Para él, y para mí, fue una clara y contundente actuación de la Providencia divina; su buen Padre Dios quiso darle *un regalo, un consuelo, quiso darle ánimos* de la manera en que sólo Él sabe hacerlo. Le hizo ver que su tarea, tan dura y tan aparentemente infructuosa, ¡vale la pena!

José Torres Hurtado
Córdoba



Una carta para hoy



Por más que se empeñe don **Gregorio Péces-Barba Martínez**, en el diario *El País*, el pasado jueves 26 de agosto, en un desenfocado artículo titulado *La monarquía de nuestro tiempo* sobre algo más que la monarquía de su tiempo, la polémica sobre la ciencia hispana quedó ya resuelta hace muchos, muchísimos años. Y si no que se lo diga a don **Marcelino Menéndez y Pelayo**, de quien según el decir del destacable miembro del Comité de sabios del PSOE encarna el casticismo destructivo que pulula por nuestros predios patrios.

Pues hété aquí que, este verano, leí el *Menéndez y Pelayo. El sabio y el creyente*, de **Rafael García y García de Castro**, y me topé con la realidad de una España de finales del siglo XIX y principios del XX que se parece, por desgracia, demasiado a

la nuestra, por mor de destacables articulistas. Un botón, para una muestra que se salva en la distancia de la Historia: la carta que don Marcelino escribe al obispo de Madrid-Alcalá, en 1910, con motivo de los proyectos sobre enseñanza laica:

«Mi respetable prelado y distinguido amigo: ya que absoluta incapacidad oratoria me impide tomar parte en el mitin que mañana ha de celebrarse para solicitar de los poderes públicos la clausura de las escuelas laicas, juzgo deber de conciencia, no sólo religiosa, sino social y científica, el adherirme a esta manifestación católica, que es al mismo tiempo una muestra de cultura y una afirmación del verdadero sentido que la enseñanza popular debe tener, si ha de cumplir su misión educadora formando espíritus rectos y sanos.

Las escuelas sin Dios, sea cual fuere la aparente neutralidad con que el ateísmo se disimule, es una indigna mutilación del entendimiento humano en lo que tiene de más ideal y excelso. Es una extirpación brutal de los gérmenes de verdad y de vida que laten en el fondo de toda alma para que la educación los fecunde.

No sólo la Iglesia católica oráculo infalible de verdad, sino todas las ramas que el cisma y la herejía desgajaron de su trono, y todos los sistemas de filosofía espiritualistas, y todo lo que en el mundo lleva algún sello de nobleza intelectual, protestan a una contra esta intención sectaria, y sostienen las respectivas escuelas confesionales, o aquellas, por lo menos, en que los principios cardinales de la Teodicea sirven de base y supuesto a la enseñanza y la penetran suave y calladamente con su influjo.

Así se engendran, a pesar de las disidencias dogmáticas, aquellos nobles tipos de elevación moral y de voluntad entera, que son el nervio de las grandes y prósperas naciones de estirpe germánica, en el Viejo Mundo y en el Nuevo. Dios las reserva quizá, en sus inescrutables designios, para que en ellas vuelva a brillar la lámpara de la fe sin sombra de error ni herejía.

Ni en Alemania, ni en Inglaterra, ni en los países escandinavos, ni en la poderosa República norteamericana tiene prosélitos la escuela laica en el sentido en que la predica el odioso jacobinismo francés, cándidamente remedado por una parte de nuestra juventud intelectual y por el frívolo e interesado juego de algunos políticos.

Apagar en la mente del niño aquella participación de luz increada que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; declarar incognoscible para él e inaccesible, por tanto, el inmenso reino de las esperanzas y de las alegrías inmortales, no es sólo un horrible sacrilegio, sino un bárbaro retroceso en la obra de la civilización y cultura que veinte siglos han elaborado dentro de la configuración moral de los pueblos cristianos. El que pretenda interrumpirla o torcer su rumbo se hace reo de un crimen social. La sangre del Calvario seguirá cayendo gota a gota sobre la Humanidad regenerada, por mucho que se vuelvan las espaldas a la Cruz.

Lo que pueden dar de sí las generaciones educadas con la hiel de la blasfemia en los labios, sin noción de Dios, ni sentimiento de la Patria, ya lo han mostrado con ejemplar lección sucesos recientes, ante los cuales el silencio parecería complicidad, o, por lo menos, cobardía.

Por eso, yo, que soy uno de tantos católicos españoles sin autoridad para levantar la voz ante mis conciudadanos, he escrito estas líneas con el único fin de hacer constar mi adhesión a la protesta cristiana y española que elocuentes voces han de formular mañana.

De V.E.I. atento afectísimo, que muy respetuosamente le saluda y le besa su anillo pastoral. —M. Menéndez y Pelayo».

José Francisco Serrano
redactorjefe@planalfa.es

En el centenario del nacimiento de don Casimiro Morcillo, primer arzobispo de Madrid

Un obispo del Concilio



Don Casimiro Morcillo, en la Plaza Mayor de Madrid, el día de su entrada en la archidiócesis

El 26 de enero de este año 2004 se cumplió el centenario del nacimiento, en el madrileño pueblo de Soto del Real, del primer arzobispo de Madrid-Alcalá, monseñor Casimiro Morcillo González, figura destacada del episcopado español, Subsecretario del Concilio Vaticano II y Presidente de la Conferencia Episcopal Española. El pueblo y la Iglesia en Madrid recuerdan, con memoria agradecida, su ministerio pastoral en Madrid desde el 9 de mayo de 1964 al 30 de mayo de 1971

La llegada a la recién constituida archidiócesis de Madrid-Alcalá de su primer arzobispo supone una profunda renovación en la vida de la Iglesia madrileña. Se produce en ella un giro copernicano que, sin exageración, se puede definir como auténtica y formidable refundación de la Iglesia particular de Madrid.

Procedente del Concilio Vaticano II, en el que ejerce gran protagonismo como Subsecretario, desde el comienzo de su ministerio episcopal se propone, y lo realiza con extraordinaria rapidez y eficacia, la formidable transformación de la vida pastoral y espiritual de la entonces diócesis de Madrid-Alcalá. Sin duda, la savia del Concilio, el esfuerzo y la ilusión colectivos y comunitarios de la Iglesia en Madrid supusieron una auténtica renovación interior y un empeño evangelizador de gran magnitud.

Ya en su alocución inicial a la llegada a la diócesis, trazó las líneas de su ministerio, invitando a todos a trabajar sin descanso, siendo él el principal y primer motor de la renovación que propugnaba. En pleno período conciliar, a los pocos meses de su llegada, aplicó en la archidiócesis la rica doctrina del Vaticano II con un Plan de Pastoral, promulgado el 11 de enero de 1965, que impulsó y renovó la vida de la Iglesia en el Madrid

que se encontró, necesitado de una profunda y radical transformación. Crea don Casimiro en los nuevos barrios y en los pueblos mayores de la archidiócesis, nuevas parroquias, que pasan de las 90 macro parroquias existentes en la capital, con una media de 60.000 feligreses, a ser 360 parroquias, con una media de 10.000 feligreses, por parroquia. Se multiplican los arciprestazgos que, de los 9 existentes en toda la diócesis, pasan a ser 66.

Fue entonces cuando se crearon los organismos pastorales aún vigentes: Vicarías episcopales territoriales, Delegaciones diocesanas de pastoral; se renovaron las curias administrativa y de justicia; se iniciaron nuevos cauces de participación eclesial para sacerdotes y seglares, como los Consejos diocesanos de sacerdotes y laicos, que hicieron posible la adaptación a las exigencias evangelizadoras de aquel momento. Se removieron dificultades, como la escasa movilidad y disponibilidad del clero parroquial, y los aranceles y las distintas clases de celebraciones que, por entonces, se aplicaban en la recepción de los sacramentos. Instituye don Casimiro el embrión de lo que será el Consejo Presbiteral. En una reunión semanal con un numeroso grupo de sacerdotes, va poniendo las bases de una programación pastoral y de las instituciones eclesiales que la llevan adelante.

Su larga experiencia de formación y trato frecuente con el laicado de la Acción Católica y los movimientos a ella vinculados, y la experiencia vivida en el Concilio Vaticano II, le ayudaron a incorporar a los laicos en la tarea evangelizadora de la archidiócesis: en las delegaciones diocesanas y los Consejos de Pastoral. Junto a estas iniciativas pastorales tuvo una gran preocupación por difundir entre todos los diocesanos los Documentos del Vaticano II, cuya primera edición es de 1965.

Importante fue también la incorporación a la pastoral parroquial de los religiosos que, teniendo iglesias y oratorios abiertos al servicio de los fieles, asumieron la tarea de convertirlos en parroquias, con el compromiso de crear otras en el extrarradio de la ciudad y del área metropolitana que, en aquellos años, tuvo un gran desarrollo demográfico y urbanístico.

Su ministerio episcopal hay que enmarcarlo, tanto en lo religioso como en lo social, en un momento nada tranquilo: la sociedad despertaba y el soplo proveniente del aula conciliar hacía su aparición con fuerza. Todo ello se concentró en una sociedad madrileña y europea que vivía en el mayo del 68. Precisamente, en esa fecha, don Casimiro hacía sus Bodas de Plata con el episcopado; y a tales hechos aludió con diagnóstico certero, señalando luces y sombras, en la homilia conmemorativa.

El episcopado español le dio su confianza el año 1969, eligiéndole segundo Presidente de la Conferencia Episcopal, tras el cardenal Quiroga y Palacios, arzobispo de Santiago de Compostela. Desde este cargo denunció la pobreza material, cultural, espiritual y moral que afectaba a amplios sectores de la sociedad del momento, así como animaba a la renovación que pedía el Concilio.

Compromiso en tiempos difíciles

Fueron años difíciles para la Iglesia y la sociedad españolas. Fuertes corrientes políticas y sociales conmovían a personas e instituciones eclesiales, anuncianan grandes cambios y una cercana transición política y social. Don Casimiro fue, ante todo, un hombre de Iglesia, y no rehuyó los problemas y las tensiones, a las que aportó su generosidad personal, su esfuerzo, su paciencia y su capacidad de diálogo con personas de Iglesia y líderes políticos y sociales. Su sobriedad y pobreza eran notorias. De su austeridad, rectitud y tenacidad propias de su pueblo serrano de origen, Soto del Real (antes Chozas de la Sierra), sabían mucho quienes le trataron personalmente. Su figura menuda y austera, dinámica y trabajadora, mostraba una personalidad compleja y rica. Pese a su porte sencillo, comunicaba una sensación de paz y cercanía. Y no es desdenable su afición a pilotar aparatos de vuelo sin motor, así como el hecho de conducir por Madrid, y hasta Roma en sus desplazamientos conciliares, un Seat 600, color verde, repleto de papeles y libros.

Poco a poco, lentamente, gastó sus fuerzas, como rezaba su escudo episcopal: *Impendar et superimpendar* (me gastaré y desgastaré). No mucho tiempo después, afrontó su última batalla con la antigua enfermedad grave y dolorosa que le llevaría a la muerte, vivida con serenidad y hasta con no poco buen humor.

Don Casimiro dejó escrito como epitafio de su sobria tumba en la colegiata de San Isidro: «Aquí yace el primer arzobispo de Madrid-Alcalá, que fue también el primer obispo auxiliar, y siempre quiso estar bajo los pies de todos (1904-1971)».

Luis Domingo Gutiérrez

El aborto, irracional e inhumano

Dado que la discusión sobre el aborto se plantea hoy y tiene sus más graves consecuencias en la sociedad y vida civiles, conviene argumentar en contra del mismo en el ámbito de la ciencia, no en el de la fe o en el de la filosofía. Se trata de plantear la cuestión en el terreno más favorable y más claro para convencer al no creyente (y también al creyente) de la gravísima inmoralidad del aborto.

El autor de este artículo es profesor de la Facultad de Teología de Valencia

Nadie puede dudar de que el óvulo fecundado (el embrión) es una *vida*. Es imposible negarlo, porque la ciencia constata el proceso vital continuo en el que, minuto a minuto, hora tras hora, ese óvulo fecundado va creciendo y originando dentro de sí miles y miles de células nuevas dotadas de vida, con las que se componen, en un proceso dinámico de por sí imparable, los órganos de un cuerpo viviente.

Tampoco se puede dudar de que estamos ante una *vida humana*. En efecto, si el óvulo fecundado tiene vida y no es humana, ¿de qué otro tipo de vida se trata?; ¿de un vegetal o de un animal?; ¿un hombre y una mujer pueden engendrar un gato, perro, o quién sabe qué otro animal? No hay otra posibilidad, sino la de admitir que el óvulo fecundado humano es lo mismo que una vida humana en un estadio inicial de desarrollo; pero —¡atención!— humana, no de un vegetal o de un animal. El embrión es humano desde el principio, y llegará a ser, si no se lo impiden, un ser humano completo y terminado, esto es, nacido y adulto, una persona humana adulta.

También es una vida humana *distinta de la de sus padres*, porque tiene un código genético propio y distinto del de sus padres. Además, tiene ya un ciclo vital propio y exclusivamente suyo, del que ha de gozar y al

acabamos de decir, el slogan abortista que se pone en boca de la mujer: *Yo hago con mi cuerpo lo que quiero*, es una falsa excusa. Aunque pueda hacer con su cuerpo lo que quiera, no lo puede hacer con esa vida humana que está dentro de su cuerpo y que vive de su cuerpo, pero que no es parte de su cuerpo.

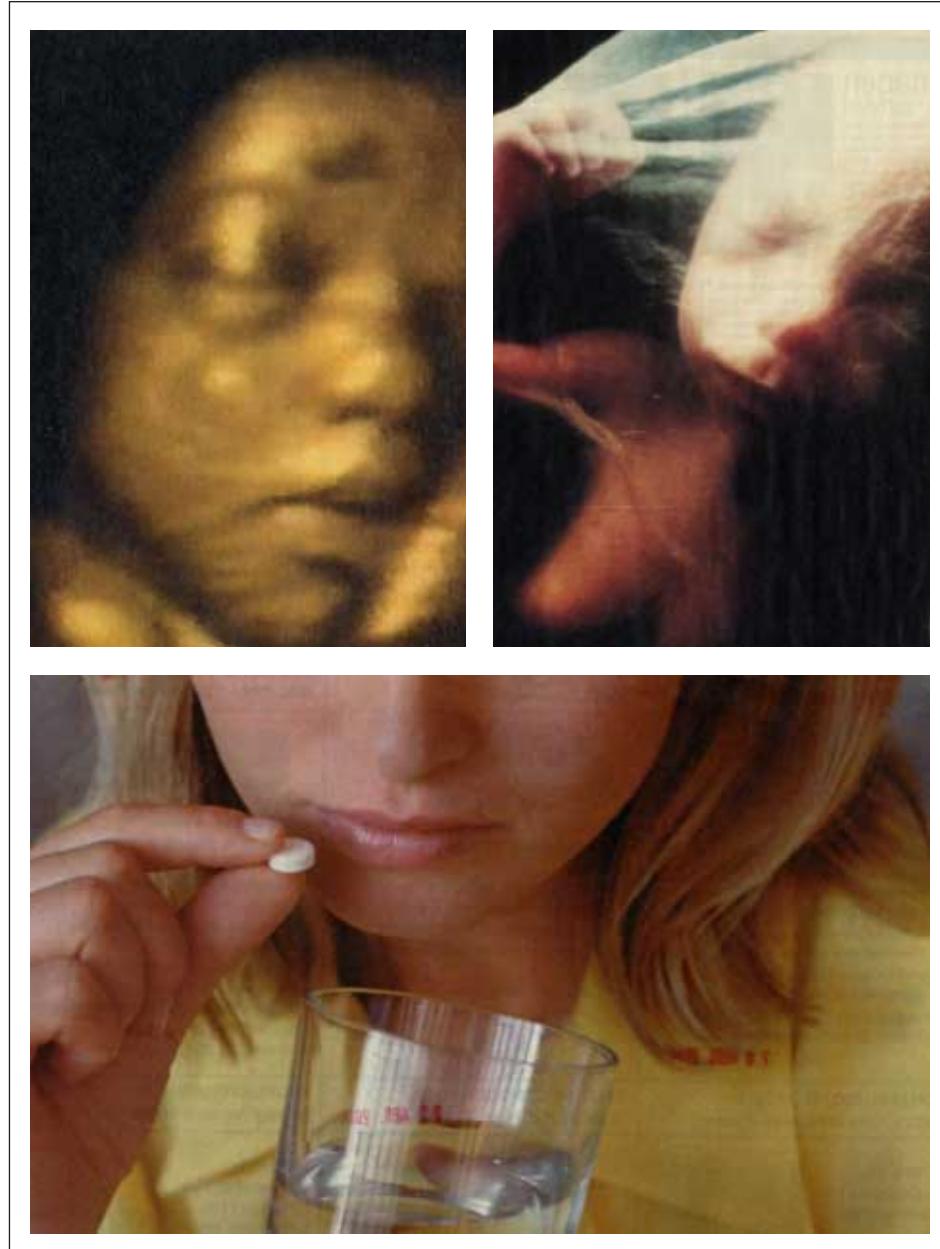
Un argumento racional

Ante la argumentación que acabamos de esgrimir, las razones que puedan aducir los partidarios del aborto, o los partidarios de investigar con células madre embrionarias, son sencillamente inconsistentes. Por ejemplo, el científico Bernat Soria razona así: «Han *sacralizado* el embrión, y cuando se *sacraliza* algo ya no se puede tocar. Han dicho: *el embrión tiene alma, es una persona, si lo tocas, lo matas*. En ese contexto, ya no puedes usar el preservativo, porque va contra la vía natural; o no puedes tomar la píldora del día después; ni utilizar los embriones para investigación. Creo que la Iglesia tiene que revisar y cambiar esos conceptos (20 minutos, Valencia)». Estas razones, frente a lo que antes hemos probado, vienen a ser algo parecido a disparar grandes cañonazos que dan en un blanco a miles de kilómetros del objetivo.

La lección que de esto hemos de obtener los creyentes es que, frente a la sociedad actual, no es inteligente argumentar desde la fe, ni siquiera desde la filosofía cristiana. No son eficaces las posiciones maximalistas; el *sacralizar* la vida, decir que el embrión tiene alma y que es una persona implica partir de una posición desventajosa, porque las personas increyentes no tienen en cuenta el dictamen de la fe sobre esta materia. El hombre de hoy únicamente hace caso a la ciencia porque sólo ella —dicen— constituye un conocimiento válido.

Para probar que el aborto es una criminal agresión contra la vida humana, y que, por lo tanto, el Estado tiene obligación de impedirlo, no es conveniente introducir elementos de nuestras convicciones cristianas, aunque no estén en contra de la ciencia y sean verdaderos. Hacerlo sería una muestra de una escasa habilidad dialéctica. Es en el campo de la ciencia, admitida por creyentes y no creyentes, donde hemos de plantear la batalla contra el aborto y donde la tenemos claramente ganada. Desde la ciencia podemos probar que la manipulación de los embriones, que pretende el científico Bernat Soria y otros científicos, es un atentado contra la vida humana. Precisamente, la ciencia es la mejor base para exigir que el aborto tenga todas las calificaciones y consecuencias morales y civiles, como corresponde a un atentado contra la vida humana, lo mismo que un homicidio.

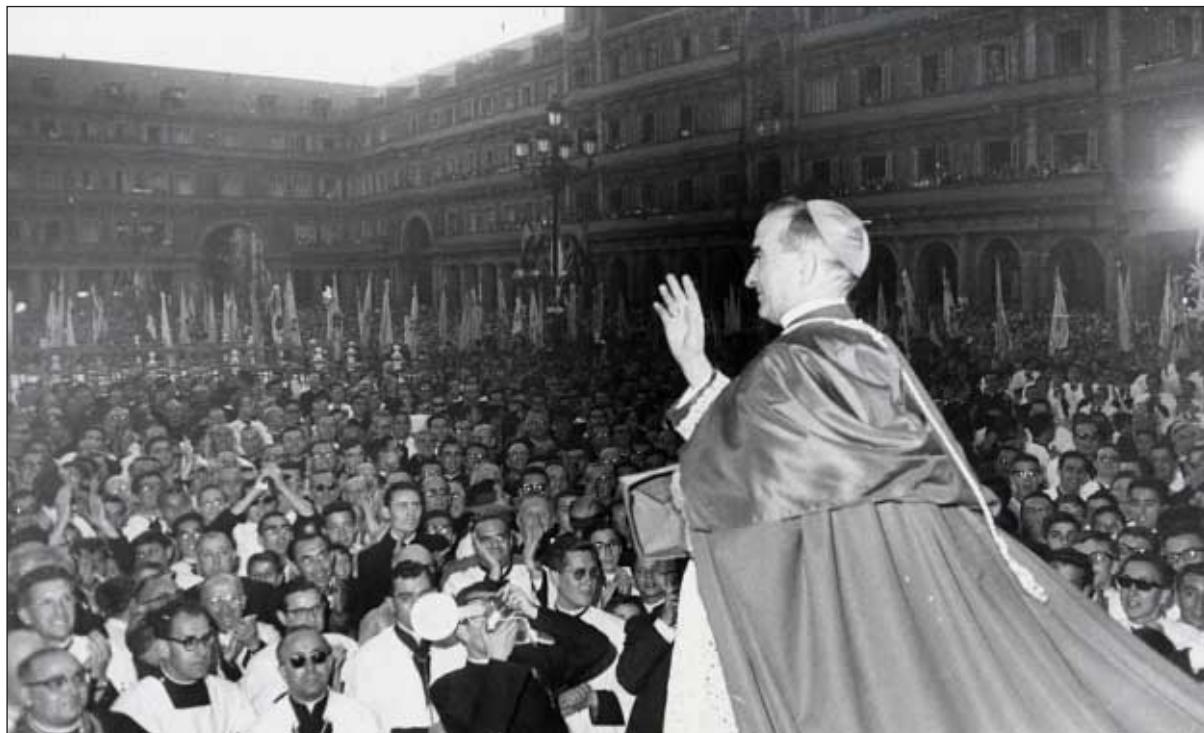
José Antonio Galindo



que ha de padecer con sus factores positivos y negativos en el transcurso de toda su vida. Es una vida distinta de la madre, aunque dependa de ella para vivir, de la misma manera que el ya nacido depende del medio ambiente (aire, luz, agua, alimentos, etc.) para vivir. Él no es una parte o miembro del cuerpo de la madre. Si el feto fuera parte del cuerpo de la madre, entonces habría que concluir, absurdamente, que a todas las mujeres no embarazadas les falta una parte o miembro de su cuerpo. A la luz de lo que

En el centenario del nacimiento de don Casimiro Morcillo, primer arzobispo de Madrid

Un obispo del Concilio



Don Casimiro Morcillo, en la Plaza Mayor de Madrid, el día de su entrada en la archidiócesis

El 26 de enero de este año 2004 se cumplió el centenario del nacimiento, en el madrileño pueblo de Soto del Real, del primer arzobispo de Madrid-Alcalá, monseñor Casimiro Morcillo González, figura destacada del episcopado español, Subsecretario del Concilio Vaticano II y Presidente de la Conferencia Episcopal Española. El pueblo y la Iglesia en Madrid recuerdan, con memoria agradecida, su ministerio pastoral en Madrid desde el 9 de mayo de 1964 al 30 de mayo de 1971

La llegada a la recién constituida archidiócesis de Madrid-Alcalá de su primer arzobispo supone una profunda renovación en la vida de la Iglesia madrileña. Se produce en ella un giro copernicano que, sin exageración, se puede definir como auténtica y formidable refundación de la Iglesia particular de Madrid.

Procedente del Concilio Vaticano II, en el que ejerce gran protagonismo como Subsecretario, desde el comienzo de su ministerio episcopal se propone, y lo realiza con extraordinaria rapidez y eficacia, la formidable transformación de la vida pastoral y espiritual de la entonces diócesis de Madrid-Alcalá. Sin duda, la savia del Concilio, el esfuerzo y la ilusión colectivos y comunitarios de la Iglesia en Madrid supusieron una auténtica renovación interior y un empeño evangelizador de gran magnitud.

Ya en su alocución inicial a la llegada a la diócesis, trazó las líneas de su ministerio, invitando a todos a trabajar sin descanso, siendo él el principal y primer motor de la renovación que propugnaba. En pleno período conciliar, a los pocos meses de su llegada, aplicó en la archidiócesis la rica doctrina del Vaticano II con un Plan de Pastoral, promulgado el 11 de enero de 1965, que impulsó y renovó la vida de la Iglesia en el Madrid

que se encontró, necesitado de una profunda y radical transformación. Crea don Casimiro en los nuevos barrios y en los pueblos mayores de la archidiócesis, nuevas parroquias, que pasan de las 90 macro parroquias existentes en la capital, con una media de 60.000 feligreses, a ser 360 parroquias, con una media de 10.000 feligreses, por parroquia. Se multiplican los arciprestazgos que, de los 9 existentes en toda la diócesis, pasan a ser 66.

Fue entonces cuando se crearon los organismos pastorales aún vigentes: Vicarías episcopales territoriales, Delegaciones diocesanas de pastoral; se renovaron las curias administrativa y de justicia; se iniciaron nuevos cauces de participación eclesial para sacerdotes y seglares, como los Consejos diocesanos de sacerdotes y laicos, que hicieron posible la adaptación a las exigencias evangelizadoras de aquel momento. Se removieron dificultades, como la escasa movilidad y disponibilidad del clero parroquial, y los aranceles y las distintas clases de celebraciones que, por entonces, se aplicaban en la recepción de los sacramentos. Instituye don Casimiro el embrión de lo que será el Consejo Presbiteral. En una reunión semanal con un numeroso grupo de sacerdotes, va poniendo las bases de una programación pastoral y de las instituciones eclesiales que la llevan adelante.

Su larga experiencia de formación y trato frecuente con el laicado de la Acción Católica y los movimientos a ella vinculados, y la experiencia vivida en el Concilio Vaticano II, le ayudaron a incorporar a los laicos en la tarea evangelizadora de la archidiócesis: en las delegaciones diocesanas y los Consejos de Pastoral. Junto a estas iniciativas pastorales tuvo una gran preocupación por difundir entre todos los diocesanos los Documentos del Vaticano II, cuya primera edición es de 1965.

Importante fue también la incorporación a la pastoral parroquial de los religiosos que, teniendo iglesias y oratorios abiertos al servicio de los fieles, asumieron la tarea de convertirlos en parroquias, con el compromiso de crear otras en el extrarradio de la ciudad y del área metropolitana que, en aquellos años, tuvo un gran desarrollo demográfico y urbanístico.

Su ministerio episcopal hay que enmarcarlo, tanto en lo religioso como en lo social, en un momento nada tranquilo: la sociedad despertaba y el soplo proveniente del aula conciliar hacía su aparición con fuerza. Todo ello se concentró en una sociedad madrileña y europea que vivía en el mayo del 68. Precisamente, en esa fecha, don Casimiro hacía sus Bodas de Plata con el episcopado; y a tales hechos aludió con diagnóstico certero, señalando luces y sombras, en la homilia commemorativa.

El episcopado español le dio su confianza el año 1969, eligiéndole segundo Presidente de la Conferencia Episcopal, tras el cardenal Quiroga y Palacios, arzobispo de Santiago de Compostela. Desde este cargo denunció la pobreza material, cultural, espiritual y moral que afectaba a amplios sectores de la sociedad del momento, así como animaba a la renovación que pedía el Concilio.

Compromiso en tiempos difíciles

Fueron años difíciles para la Iglesia y la sociedad españolas. Fuertes corrientes políticas y sociales conmovían a personas e instituciones eclesiales, anuncianan grandes cambios y una cercana transición política y social. Don Casimiro fue, ante todo, un hombre de Iglesia, y no rehuyó los problemas y las tensiones, a las que aportó su generosidad personal, su esfuerzo, su paciencia y su capacidad de diálogo con personas de Iglesia y líderes políticos y sociales. Su sobriedad y pobreza eran notorias. De su austeridad, rectitud y tenacidad propias de su pueblo serrano de origen, Soto del Real (antes Chozas de la Sierra), sabían mucho quienes le trataron personalmente. Su figura menuda y austera, dinámica y trabajadora, mostraba una personalidad compleja y rica. Pese a su porte sobrio, comunicaba una sensación de paz y cercanía. Y no es desdenable su afición a pilotar aparatos de vuelo sin motor, así como el hecho de conducir por Madrid, y hasta Roma en sus desplazamientos conciliares, un Seat 600, color verde, repleto de papeles y libros.

Poco a poco, lentamente, gastó sus fuerzas, como rezaba su escudo episcopal: *Impendar et superimpendar* (me gastaré y desgastaré). No mucho tiempo después, afrontó su última batalla con la antigua enfermedad grave y dolorosa que le llevaría a la muerte, vivida con serenidad y hasta con no poco buen humor.

Don Casimiro dejó escrito como epitafio de su sobria tumba en la colegiata de San Isidro: «Aquí yace el primer arzobispo de Madrid-Alcalá, que fue también el primer obispo auxiliar, y siempre quiso estar bajo los pies de todos (1904-1971)».

Luis Domingo Gutiérrez

La voz del cardenal arzobispo

«Nada impide a un cristiano la esperanza»

Ofrecemos a nuestros lectores un amplio extracto de las declaraciones que nuestro cardenal arzobispo, don Antonio María Rouco Varela, hizo recientemente a Javier Alonso Sandoica para el programa diocesano de la cadena COPE



El cardenal Rouco, peregrino a Santiago de Compostela

Uno de los grandes acontecimientos pastorales de este verano ha sido, sin duda, la peregrinación a Santiago. ¿Nos podría hablar de los frutos de este acontecimiento?

Fue la peregrinación de los jóvenes de Europa a Santiago con motivo del Año Santo, y también con el objetivo de hacerles vivir a ellos el gran horizonte pastoral que Juan Pablo II nos propuso en la exhortación postsinodal *Iglesia en Europa*. Naturalmente, para llegar a ese objetivo había que vivir una experiencia de Iglesia y de fe que nos acercase de nuevo a Nuestro Señor Jesucristo de una manera muy personal y muy honda. El lema de la peregrinación sonaba así: *Los jóvenes, testigos de Jesucristo para una Europa de la esperanza*. Llegar a esa identificación con ese objetivo suponía una peregrinación interior que ellos vivieron muy a fondo; sobre todo –yo he sido testigo de ello–, nuestros jóvenes de Madrid.

Uno de los grandes peregrinos de este verano ha sido el Santo Padre, que ha realizado su viaje 104 como peregrino a Lourdes; ¿cómo podríamos resumir esta peregrinación?

El motivo principal de esa peregrinación del Papa a Lourdes fue el de conmemorar y proclamar de nuevo, con fuerza personal muy vivida por él, el dogma de la Concepción Inmaculada de la Virgen María. Bernardette, la vidente de Lourdes, fue la destinataria de

una especie de confirmación personal y víxima, por parte de Nuestra Señora, de lo que el Papa Pío IX, cuatro años antes, había anunciado y proclamado como verdad para toda la Iglesia. El Papa nos quiso mostrar de nuevo cómo la figura de la Virgen concebida sin pecado original, la Madre de la Iglesia y la Madre de los hombres por ser la Madre de Cristo, es la que nos puede seguir ayudando en estos momentos, en estos tiempos de dudas, de debilidades, de pecados, de enfermedades. Juan Pablo II no dudó en colocarse entre los enfermos el sábado, día 14 de agosto, en la oración del Rosario, delante de la fachada principal de la basílica de Lourdes; ni tampoco en colocarse desde su residencia, pero dividiéndolo todo, en la gran procesión de las luces, de las antorchas, por los campos y el parque del lugar de las apariciones, muy cerca de la gruta; y dudó mucho menos, el día 15, en su homilía de la gran celebración eucarística de la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, en ser él un enfermo entre los enfermos para anunciar al mundo que la salud viene del Hijo de esa Madre que está en el cielo en cuerpo y alma; que, por lo tanto, trae salud para todo el hombre: la corporal y, sobre todo, la hondamente espiritual y central y personal de su vida, de su existencia y de su futuro; aquí, y siempre, para toda la eternidad.

Recientemente, el Santo Padre nos ha regalado un libro magnífico, *Levantaos*,

vamos. ¿Podría subrayarnos algún elemento del libro que pudiera ser importante para nosotros los cristianos?

El libro del Santo Padre refleja un capítulo de su vida, de su ministerio episcopal que aparece como una revelación de un cristiano y un sacerdote del siglo XX que, dentro de las tragedias y los traumas tan terribles que vivió la Humanidad, se levanta siempre y aparece siempre, de cara al Señor y desde el rostro del Señor, como un testigo claro de la esperanza. No hay ningún acontecimiento en la Historia, por muy negativo que sea –y bien trágicos que fueron los del siglo XX–, que impida a la Iglesia, que impida a un cristiano, a un sacerdote, a un obispo, decir: «¡Levantaos, vamos, ánimo!» Eso es lo que nos ha querido decir el Santo Padre en este año 2004, en que el siglo XXI está comenzando a andar, y no sin dificultades, como todos sabemos.

Se inicia un nuevo curso, ¿cuáles van a ser los puntos neurálgicos de este trabajo pastoral para el nuevo curso?

Vamos a vivir en la archidiócesis de Madrid, Dios mediante, el momento culminante del tercer Sínodo Diocesano, con la celebración de la Asamblea Sinodal. No sólo los sinodales, que van a ser miembros de la Asamblea, que serán considerablemente muchos, sino que además toda la diócesis tendrá que acompañar ese momento final. Y debe hacerlo con ese ánimo de querer ser testigos del Evangelio, que se comunica, que se recibe en fe y que, por lo tanto, es raíz y siembra de esperanza. Los dos últimos cursos los hemos dedicado a una preparación intensa, en la que han participado casi 30.000 diocesanos. Los frutos van a cuajar en las ponencias del Sínodo, y luego la Asamblea va a dialogar, deliberar y proponer al obispo diocesano lo que estime como respuesta al Espíritu del Señor, o como expresión de la voluntad del Señor a las necesidades pastorales de la diócesis, sobre todo en esa gran tarea de ilusión que es transmitir la fe para lograr que en el corazón del hombre nazca la esperanza y fructifique en el amor.

Y los diocesanos vamos a recibir una nueva Carta pastoral suya, ¿no es así?

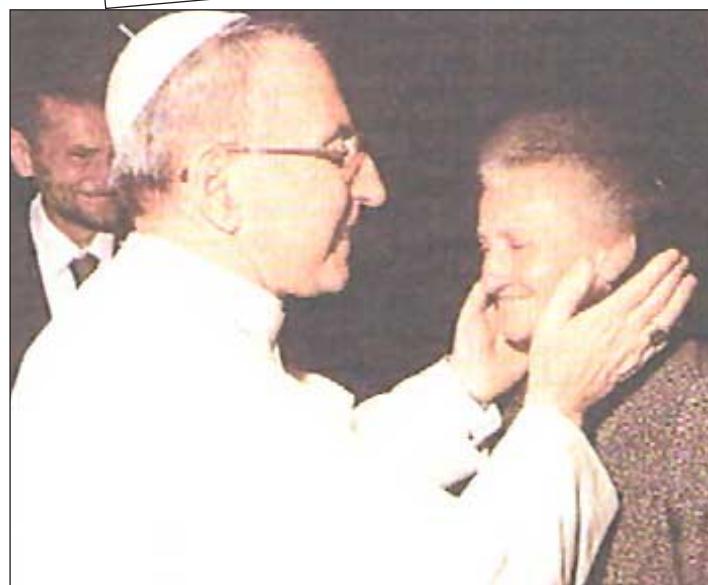
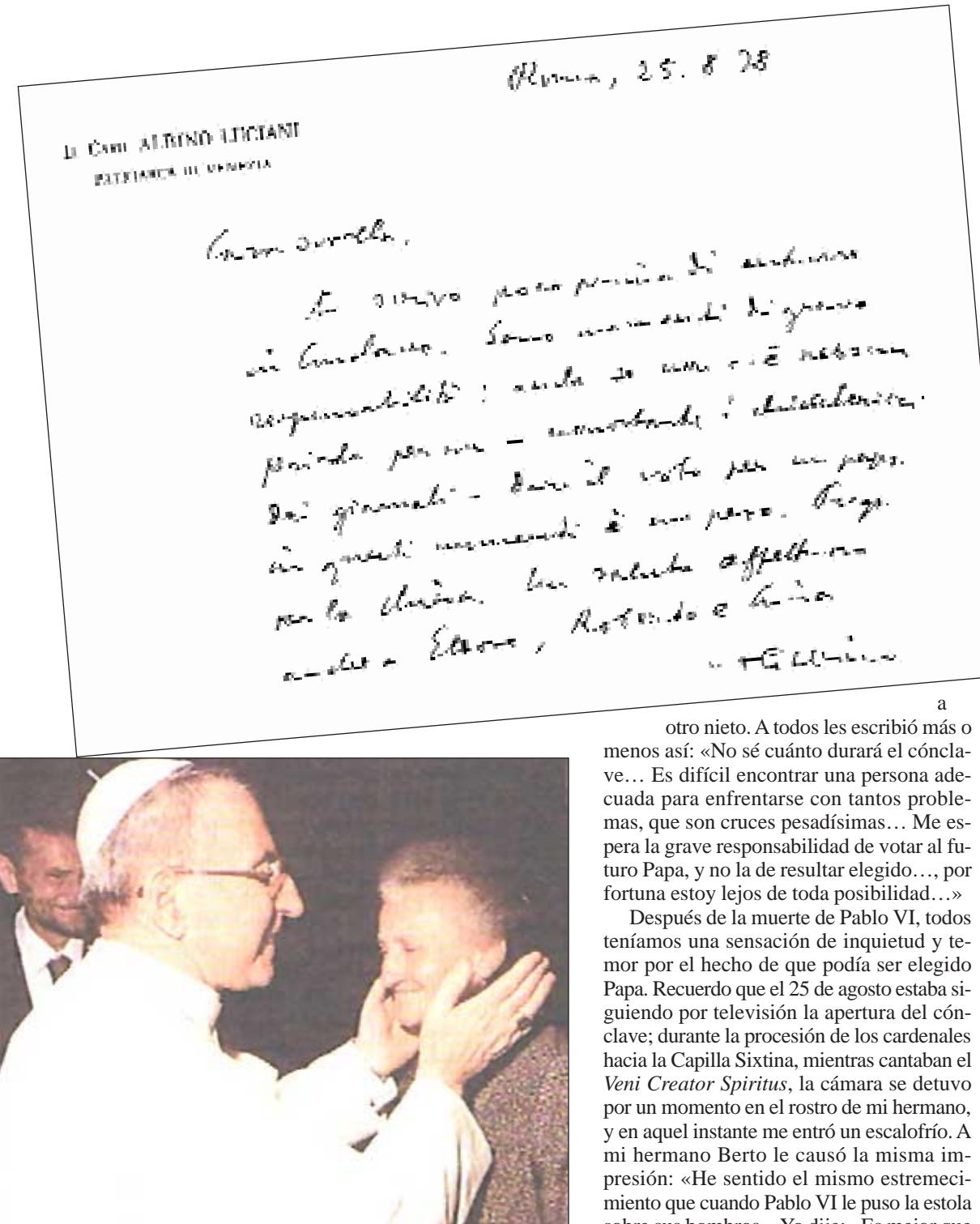
Como ya es habitual, al comenzar el próximo mes de septiembre, este panorama pastoral para la diócesis en este curso 2004-2005, con ese momento central de la Asamblea Sinodal, por lo tanto, de la conclusión del tercer Sínodo Diocesano de Madrid, la voy a ofrecer a todos los diocesanos de Madrid.

Retrato del Papa Luciani, Juan Pablo I, por su hermana Antonia

«El Señor le ha querido bien»

«Querida hermana: te escribo antes de entrar en el cónclave. Son momentos de gran responsabilidad, y también sé que no tengo ninguna posibilidad, a pesar de las habladurías de los periódicos. Dar el voto para un Papa en este momento es un gran peso. Reza por la Iglesia. Un saludo afectuoso a Ettore, Roberto y Lina»: así escribió el todavía cardenal Luciani a su hermana Antonia, el 25 de agosto de 1978. Nina recuerda bien

todos aquellos días, y, mostrando aquella carta, habla así para la revista *30 Giorni*:



Juan Pablo I con su hermana Antonia, y su hermano Berto contemplando la escena. Arriba: la carta que envió a su hermana, poco antes de entrar en el cónclave

¿H a visto el timbre que lleva la carta? Tiene impresa la fecha en que fue expedida por la oficina postal vaticana: 26 de agosto; y la hora: las seis de la tarde. Es la misma fecha y hora en la que Albino fue elegido Papa. Una coincidencia. Ésta es una de las poquísimas cartas que aún conservo de mi hermano. Albino, en aquellos días previos al inicio del cónclave, no sólo me escribió a mí de la familia. También escribió a mi nieta Pía, y otra

a otro nieto. A todos les escribió más o menos así: «No sé cuánto durará el cónclave... Es difícil encontrar una persona adecuada para enfrentarse con tantos problemas, que son cruces pesadísimas... Me espera la grave responsabilidad de votar al futuro Papa, y no la de resultar elegido..., por fortuna estoy lejos de toda posibilidad...»

Después de la muerte de Pablo VI, todos teníamos una sensación de inquietud y temor por el hecho de que podía ser elegido Papa. Recuerdo que el 25 de agosto estaba siguiendo por televisión la apertura del cónclave; durante la procesión de los cardenales hacia la Capilla Sixtina, mientras cantaban el *Veni Creator Spiritus*, la cámara se detuvo por un momento en el rostro de mi hermano, y en aquel instante me entró un escalofrío. A mi hermano Berto le causó la misma impresión: «He sentido el mismo estremecimiento que cuando Pablo VI le puso la estola sobre sus hombros». Yo dije: «Es mejor que recemos un Rosario por Albino». La mañana del día 26 estaba delante del televisor cuando salió la fumata blanca; apenas el cardenal Felici dijo: *Albino, caí de rodillas. ¡Pobre Albino! ¡Pobre Albino!*, decía entre lágrimas.

En los días siguientes, en medio de toda aquella confusión, un periodista no dejaba de preguntarme: «¿Está contenta? ¿Está contenta?» Al final le respondí: «Sí, estoy contenta, pero también preocupada». Me tranquilicé sólo el día en que pude ir a Roma y

verlo. Era el día 2 de septiembre, y le encontré sereno.

Mi hermano Berto lo volvió a ver los días 19 y 20 de septiembre. Debía viajar a Australia y pidió permiso para visitarlo en el Vaticano. Dice que encontró bien a nuestro hermano. Cenaron juntos y después recitaron el Rosario y dieron un paseo. A la mañana siguiente, celebraron la Eucaristía y desayunaron juntos. Al llegar el momento de la despedida, Albino le abrazó y le besó. Esto sorprendió mucho a Berto, porque en casa no estábamos habituados a estas cosas. Yo nunca le vi hacer eso con Berto, ni siquiera de niños. Tanto que Berto le dijo: «¿No será por ese vestido blanco por lo que ahora actúas así?» Él no le respondió, y Berto ya se encaminaba hacia el ascensor cuando, con gran sorpresa, se lo volvió a encontrar delante, y, sin decir nada, le besó y abrazó de nuevo. A Berto le causó mucha impresión aquel hecho.

Mi hija Lina me contó que, en la vigilia de la muerte de Pablo VI, se encontraba en Venecia para saludarlo; contándole la muerte de un amigo suyo, Albino, poniéndose serio, le dijo: «Necesitamos estar siempre listos, porque la muerte puede llegar en cualquier momento». A todas estas cosas no le dábamos entonces especial importancia. Después, sí.

Meses antes, en marzo de 1978, vino a Canale D'Agordo, nuestro pueblo, y durante la cena, poniéndose serio y un poco pálido, dijo: «¿Sabéis que he estado en Fátima?» Y después: «Sor Lucía me ha hecho buscar; ha querido hablar conmigo y me ha tenido tanto...» No dijo nada más; era la primera vez que le veíamos de aquel modo tan extraño, tanto que Antonieta, la mujer de Berto, le preguntó: «¿Te sientes bien?» Él se levantó, cogió el breviario y se fue a la habitación. Berto se quedó impresionado.

El tren hacia Roma

Conocí la noticia de su muerte a las siete de la mañana del 29 de septiembre, por una llamada de mi nieta Pía. Cogí el tren hacia Roma, donde me esperaba mi hija Lina. Ella pudo entrar aquella mañana en la habitación del Albino; fue la única de nuestra familia que pudo hacerlo, antes de que trasladasen su cuerpo a la sala Clementina. Me dijo: «Tenía una ligera sonrisa...» Para mí es como si se me hubiese muerto otra vez mi madre. Yo sólo vi a mi hermano de Papa una vez de vivo, y otra ya fallecido. Ha sido como tenía que ser. Cuando más pasa el tiempo, más me doy cuenta de que el Señor le ha querido bien. Le ha premiado.

Antonia Luciani

XXIII Domingo del Tiempo ordinario

«Tu gracia vale más que la vida»

Al Señor le gusta comparar el valor de las cosas, y apelar a la inteligencia humana. Un hombre encontró un tesoro en un campo. Y vendió todo lo que tenía para comprar aquel campo. Un mercader de perlas encontró una preciosa. Y también vendió lo que tenía para comprarla. Eso es lo que hace una persona inteligente, ¿no? Al Señor le gusta apelar a la inteligencia, porque la inteligencia es la mejor aliada de la fe. Jesucristo no ha propuesto nunca que los hombres cerráramos los ojos para creer. Al revés, nos ha invitado siempre a mantenerlos abiertos, a juzgar el valor de las cosas, y a poner en juego nuestra libertad en consecuencia. «¿No vale la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?» «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?»

El caso es que preferimos lo que a nuestros ojos vale más. Todas nuestras acciones, hasta las que parecen más *insignificantes* o menos conscientes, expresan esa preferencia. Y esa preferencia está regida por una lógica: vale más lo que está en relación más directa con la imagen que nos hacemos de nuestra felicidad. Luego hay en esa lógica un punto unificador último. Por eso, todas nuestras acciones expresan siempre quién es nuestro Dios, cuál es nuestra religión. No la que profesan nuestros labios, sino la de nuestro corazón. «Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón». El tesoro puede no valer nada, y entonces es un ídolo, que empequeñece el corazón y termina devorándonos, porque daremos la vida por algo que no la merece.

Naturalmente, en la implacable disciplina del deseo que nos impone la sociedad en que vivimos, el deseo ha de reducirse siempre a cosas que se pueden comprar, a ídolos. En una sociedad menos enferma y más libre, la plenitud tiene que ver sobre todo con el modo y la calidad de la relación con ciertas personas, especialmente con las más cercanas a nosotros, esto es, con la familia. Y eso que la familia no puede darnos la vida eterna. La familia no es Dios. Pero una familia buena es, en esta vida, lo que más se le parece.

Precisamente por eso, el evangelio de este domingo es toda una provocación, es la provocación suprema. ¿Qué puede valer más que el padre o la madre, o la mujer y los hijos, o los hermanos y las hermanas? ¿O más que la vida misma? Jesucristo vale más. Es paradójico, pero es así: cuando Jesucristo es lo más querido, también el padre y la madre, también la mujer y los hijos son queridos, y de la mejor manera posible. También la vida lo es. Y cuando, en cam-



bio, Jesucristo no es el centro del corazón, inevitablemente se pone la esperanza en quienes no pueden salvarnos. Se pide a los hombres lo que no nos pueden dar. Y ahí comienza el escepticismo y la frustración. Y ahí empieza la violencia.

«Tu gracia vale más que la vida», escribió el salmista, y eso que no conocía tu Encarnación, ni el don de tu Espíritu Santo, ni tu promesa. Tu gracia vale más que la vida, porque Tú eres la Vida misma, y la vida sin Tí no vale gran cosa. Y porque es tu gracia lo que, al final, hace posible amar la vida.

+ Javier Martínez
arzobispo de Granada

Evangelio

En aquel tiempo, mucha gente acompañaba a Jesús; Él se volvió y les dijo:

«Si alguno se viene conmigo y no pospone a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío. Quien no lleve su cruz detrás de mí, no puede ser discípulo mío. Así, ¿quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla? No sea que, si echa los cimientos y no puede acabarla, se pongan a burlarse de él los que miran diciendo: *Este hombre empezó a construir y no ha sido capaz de acabar.* ¿O qué rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que le ataca con veinte mil? Y si no, cuando el otro está todavía lejos, envía legados para pedir condiciones de paz.

Lo mismo vosotros: el que no renuncia a todos su bienes, no puede ser discípulo mío».

Lucas 14, 25-33

Esto ha dicho el Concilio

El Concilio, con el propósito de intensificar el dinamismo apostólico del pueblo de Dios, se dirige solícitamente a los cristianos seglares, cuya función específica y absolutamente necesaria en la misión de la Iglesia ha recordado ya en otros documentos. Porque el apostolado de los seglares, que brota de la esencia misma de su vocación cristiana, nunca puede faltar en la Iglesia. La propia Sagrada Escritura demuestra con abundancia cuán espontáneo y fructuoso fue tal dinamismo en los orígenes de la Iglesia. Nuestro tiempo no exige menos celo en los seglares. Por el contrario, las circunstancias actuales piden un apostolado seglar mucho más intenso y más amplio. Porque el diario incremento demográfico, el progreso científico y técnico y la intensificación de las relaciones humanas no sólo han ampliado inmensamente los campos del apostolado de los seglares, en su mayor parte abiertos solamente a éstos, sino que, además, han provocado nuevos problemas, que exigen atención despierta y preocupación diligente por parte del seglar. La urgencia de este apostolado es hoy mucho mayor, porque ha aumentado, como es justo, la autonomía de muchos sectores de la vida humana, a veces con cierta independencia del orden ético y religioso y con grave peligro de la vida cristiana. A esto se añade que, en muchos regiones en que los sacerdotes son muy escasos o, como a veces sucede, se ven privados de la libertad que les corresponde en su misterio, la Iglesia, sin la colaboración de los seglares, apenas podría estar presente y trabajar. Prueba de esta múltiple y urgente necesidad es la acción manifiesta del Espíritu Santo, que da hoy a los seglares una conciencia cada día más clara de su propia responsabilidad y los impulsa por todas partes al servicio de Cristo y de la Iglesia.



Un libro recoge la iconografía cristológica medieval de la diócesis de León

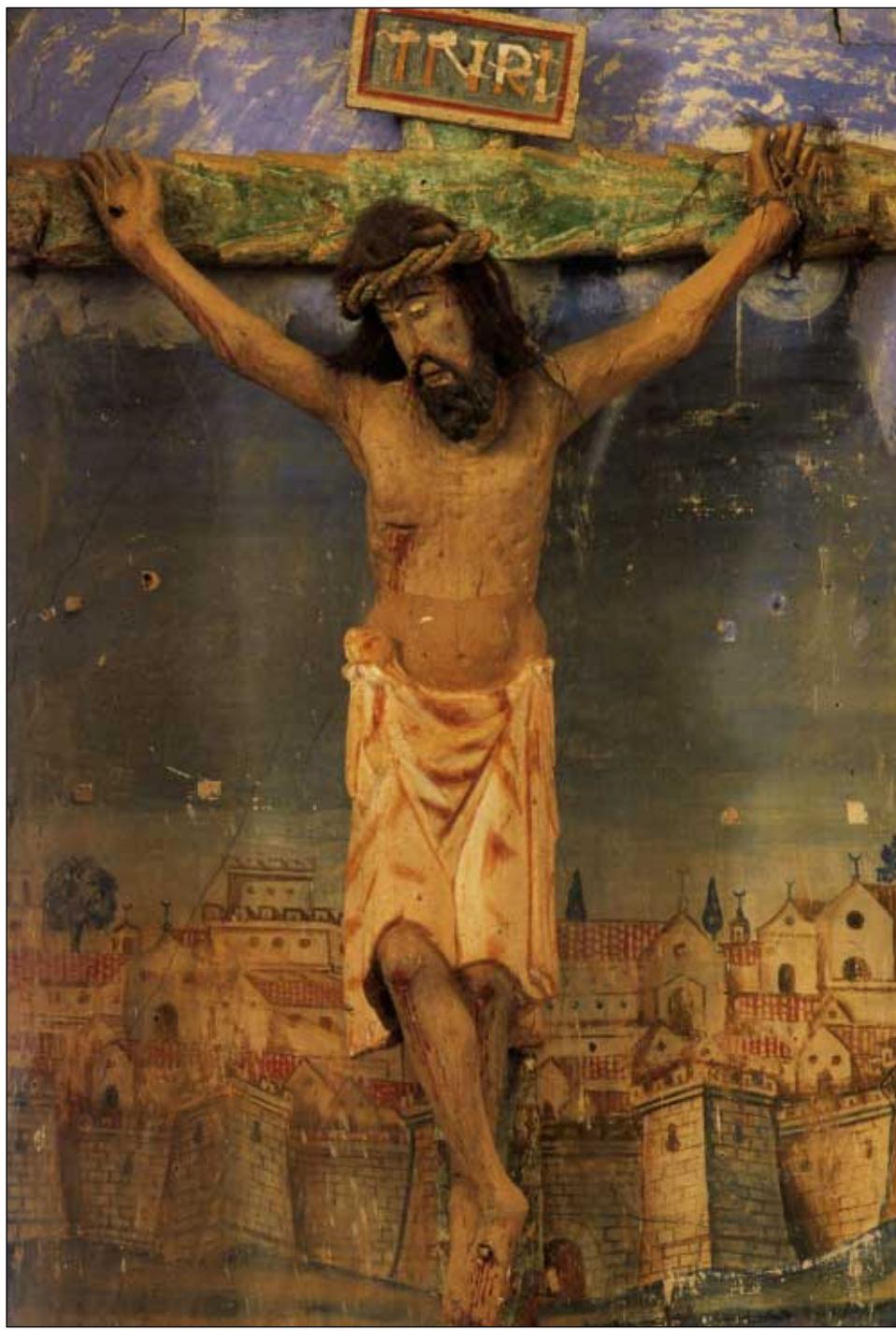
Los rostros de Cristo

A lo largo de la Historia, el hombre ha querido representar a Cristo, del que la Biblia no da descripción física alguna. La editorial Edilesa ha publicado un cuidado tomo, en el que don Máximo Gómez Rascón, canónigo de la catedral de León, recupera la tradición del arte cristológico en la provincia castellana. Los textos son de inestimable valor y recorren el mismo camino que la iconografía que representa al Hijo de Dios. Las láminas están organizadas con la misma estructura que los capítulos. Es una invitación a comprender mejor cómo ha visto el hombre a Cristo a lo largo de la Historia

E

n tierras leonesas, el cristianismo dio fruto desde su llegada a la Península Ibérica. De ahí que en sus pueblos se puedan encontrar verdaderas obras de arte, muchas veces desconocidas para el gran público. En ellas, el leonés ha querido plasmar la imagen de Cristo aun sin conocer su aspecto físico. Y en esa búsqueda del rostro del Hijo de Dios, se ha encontrado con un sinfín de representaciones que pasan de los signos como el Cordero de Dios, a los Cristos magníficos, hasta llegar a los dolientes, los más humanos.

De la mano de don Máximo Gómez Gascón, canónigo de la catedral de León, la editorial Edilesa invita a los lectores a recorrer

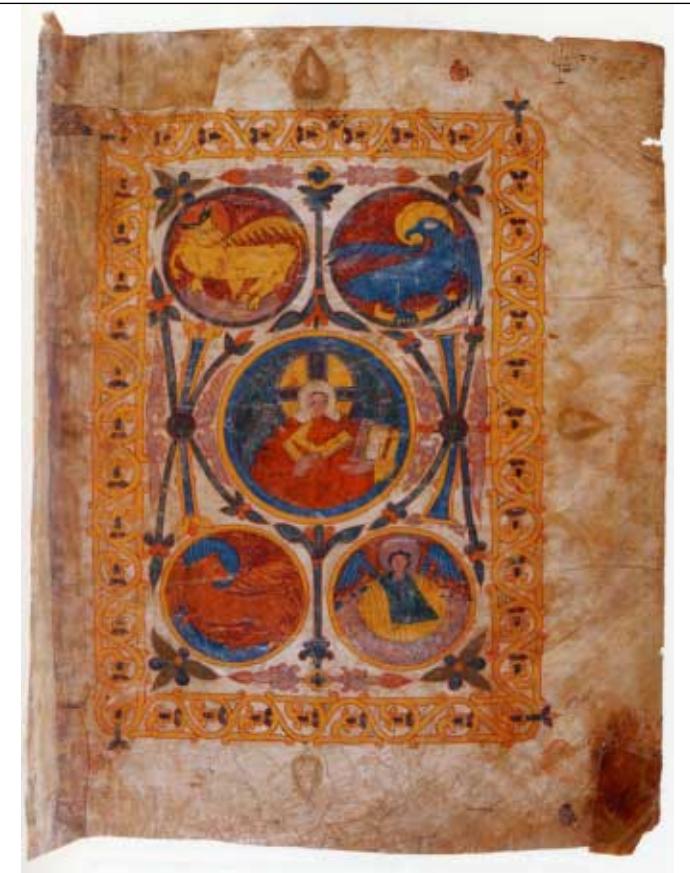


Cruz votiva de Peñalba (siglo X). Museo de León.
Arriba: Agnus Dei (siglo XIII). Catedral de León.
A la izquierda: Crucificado (siglos XII-XIV). Valdefuentes (León)

las iglesias más recónditas, en busca de una historia, la de cómo ha representado el hombre a Jesús. Explica monseñor Julián López Martín, obispo de León, en el prólogo del libro, que, «de Jesús, no tenemos más que referencias a lo que podríamos llamar su perfil espiritual, su retrato interior, el testimonio de la fe de los que creyeron en Él».

El libro de don Máximo Gómez Gascón pretende desentrañar los pasos que dieron los artistas a lo largo del románico, para descubrir cuál era el rostro de Cristo. De esta experiencia surgieron muchos rostros. Todos intentaban aunar lo humano con lo divino, magnificencia con sufrimiento, pero, sobre todo, el amor del Hijo de Dios hacia los hombres.

Dice el autor de los textos que «representar a Cristo en el arte, obligaba a compaginar los diversos aspectos de su inabar-



Calvario (siglo XIV). San Miguel de Villablino (León). A la izquierda, de arriba a abajo: Celosía (siglo XI). Villarmún (León); Pantocrátor y Tetramorfos –los signos de los evangelistas– (siglo X). Colegiata de San Isidoro (León); Jesús atado a la columna (siglo XIII). Catedral de León. Derecha, Pantocrátor (siglo XIV). Cabanillas (León)

cable personalidad». Para el artista, convertir un trozo de madera, un montón de arcilla o una tosca piedra en la representación de Cristo, era el mayor de los retos, «su carne estaba penetrada de divinidad y un artista no podía olvidarlo», explica don Máximo Gascón.

El hombre dibuja la imagen de Cristo porque siempre tuvo la necesidad de la presencia corporal de Dios. Para Pedro Crisólogo, mientras Dios era invisible, llenaba de temor al hombre, pero en cuanto se hizo visible, lo llenó todo de amor. Pero el artista no tenía en qué inspirarse. Por eso, los primitivos cristianos utilizaban imágenes como el Crismón, el Alfa y la Omega, o el Cordeiro de Dios.

Llegó la imagen del rostro de Cristo, inspirada en los distintos sudarios. Y la cruz, que primero se representaba siempre vacía, se convirtió en crucifijo. De ahí, pasó a ser el árbol de la vida, donde el Hijo de Dios venció al demonio y a la muerte, frente al árbol de Adán, donde fue el demonio el que venció.

María S. Altaba



En la muerte del cardenal Marcelo González Martín, arzobispo emérito de Toledo

Hombre de Iglesia, amigo de Dios



El cardenal Marcelo González Martín, arzobispo emérito de Toledo, falleció el pasado 25 de agosto en su domicilio de Fuentes de Nava (Palencia), a los 86 años de edad. Ordenado sacerdote en 1941, en 1960 fue nombrado obispo de Astorga (León), y seis años más tarde fue designado arzobispo coadjutor, con derecho a sucesión, del Arzobispado de Barcelona, al que accedió en 1967. Su nombramiento como arzobispo de la sede primada de Toledo se produjo en 1971, y en 1973 fue creado cardenal de la Iglesia católica. En 1993, al cumplir los 75 años de edad, presentó al Santo Padre su renuncia al gobierno de la archidiócesis de Toledo. Don Marcelo, como se le llamaba cariñosamente en todos aquellos lugares en los que desempeñó su labor pastoral, fue un referente insoslayable en el seguimiento de Cristo y en la fidelidad a la Iglesia, consolidándose como una de las autoridades más importantes de la Iglesia en nuestro país. Publicamos un extracto de la homilía pronunciada por monseñor Antonio Cañizares, arzobispo de Toledo, en la misa de exequias, celebrada en la catedral primada y presidida por el cardenal Rouco Varela, Presidente de la Conferencia Episcopal Española

Don Marcelo, como entrañablemente le llamábamos, hombre de Dios, amigo fuerte suyo, fue el servidor fiel y prudente, elogiado en el Evangelio, que no supo hacer otra cosa que servir a Dios, cumpliendo su voluntad, en una entrega total y sin fisuras en favor de la Iglesia, a la que tanto amó y sirvió con todo su corazón y sus muy altas capacidades con las que Dios le enriqueció. Sacerdote, ante todo y por encima de todo, que quiso a sus sacerdotes y trabajó incansablemente por ellos y las vocaciones, y pastor bueno conforme al corazón de Dios, amó mucho a su pueblo, en cuyo beneficio no escatimó esfuerzo alguno ni sacrificio, en los distintos lugares en los que ejerció su mi-

nisterio pastoral: primero, en Valladolid, como sacerdote, después como obispo en Astorga, y arzobispo en Barcelona y Toledo. A esta diócesis, tan querida por él y en la que tanto también le hemos querido, dedicó el mayor tiempo de su prolongado, rico y fecundo ministerio episcopal. Este hombre, de personalidad recia, de fe firme, de honda cristianía arraigada en las raíces cristianas de las tierras de Castilla y España, a las que tanto quiso, ha sido, como se ha dicho, «uno de los hombres de Iglesia más significativos del siglo XX en España», que, como también se ha dicho de él, «supo interpretar y aplicar como pocos la renovación eclesial que el Espíritu Santo suscitó en el Con-

cilio Vaticano II». Por toda esa vida fiel y leal, pedimos a Dios que se haya complacido en su siervo y lo lleve junto a Él para siempre, entrando en el gozo de su Señor. Me atrevo a decir, con toda sencillez, que un signo de la complacencia de Dios por este siervo suyo han sido esas caricias divinas reflejadas en los días de su muerte y de su funeral: el día de su muerte, en el que el Padre le llamó a su presencia para contemplar su rostro y su hermosa cara a cara, a la hora de las primeras vísperas de la fiesta de la Trasverberación de Santa Teresa, a la que tanto quiso y admiró, y el día de su funeral, fiesta de San Agustín, de cuya iglesia en Roma era cardenal titular. Como santa Teresa y san Agustín, también buscador de Dios, testigo de Dios vivo, inquieto por su suprema sabiduría, verdad y hermosura, su corazón ha recibido el sosiego deseado descansando en el Señor.

Ahora, aquí, en el sosiego también de este memorial de la Pascua, de la muerte y resurrección de Jesucristo, compartiendo la mesa de su Palabra y de su Cuerpo y Sangre, traigo ante todos los aquí presentes, para elevarla con él y por él, la oración, sencilla y estremecedora, que Don Marcelo mismo compuso en los últimos tiempos de su vida, y que resume de alguna manera el sentido de su vida y de su muerte. Dice así: «Oh Jesús, amado Jesús, Hijo de Dios, hermano de los hombres, redentor de la Humanidad. Estoy contento de haber ofrecido mi vida porque Tú me llamaste. Ahora que llega a su fin, recíbela en tus manos como un fruto de la humilde tierra, como si fuera un poco del pan y del vino de la Misa, y preséntala al Padre, para que Él la bendiga y la haga digna de habitar junto a tu infinita belleza, perdonando mis faltas y pecados, cantando eternamente tu alabanza, lleno mi ser del gozo inefable de tu Espíritu».

«Sin Dios, callejón sin salida»

Ante un mundo desconcertado y vacío, ante una cultura desvertebrada y sin norte, Don Marcelo, a raíz de la publicación de la encíclica *Redemptor hominis*, del Papa Juan Pablo II, con quien tan totalmente se identificó, y en cuya plena comunión siempre vivió, se preguntaba: «¿A dónde apuntamos? ¿Tenemos fuerza para apuntar a algo, o nos inclinamos con nuestro arco hacia el suelo? ¿Tenemos sentido del horizonte, o razonamos que todo lo que no sea apuntar al suelo es tontería? ¿Verdad que se tensan los músculos y se levanta con vigor el arco para lanzar la flecha hacia el infinito? ¿Verdad que se siente la vocación de ser hombre con alegría y esperanza firme de llegar a la meta? ¡Presenta una antropología cristiana tan vigorosa, tan clara, tan plena de sentido!»

Esta es la sencilla oración que Don Marcelo compuso en los últimos días de su vida:

Oh Jesús, estoy contento de haber ofrecido mi vida porque Tú me llamas. Ahora que llega a su fin, recíbela en tus manos como fruto de la tierra, como si fuera un poco del pan y del vino de la Misa, y preséntala al Padre, para que Él la bendiga y la haga digna de habitar junto a tu infinita belleza



Ante la vida y la muerte, ante lo que nos sucede en nuestro tiempo, ante tanto sufrimiento y tantas fatigas del hombre, no podemos decir ni confesar otra cosa: *Sé con toda certeza que mi Redentor, Jesucristo, vive, y que al final se alzará sobre el polvo.* Por eso, añadirá nuestro querido cardenal Don Marcelo a continuación, y que tanto sentido adquieren en los momentos en que nos encontramos, como ahora, ante la realidad de la muerte: «Los que no ponen su confianza más que en sí mismos, los que sólo buscan el sentido de la vida humana en el vivir de la realidad inmediata, en el ejercicio del libre albedrío, los que quieren sus propios caminos de libertad rechazando todo sentido de salvación divina, llegan a la desesperación. Todo esfuerzo del hombre sin Dios conduce a un callejón sin salida. Se origina una sociedad y una cultura llena de engaños y ficciones que necesita apoyarse en bastones y mirarse en mil espejos que les digan que son hermosos y fuertes. Se pierde la claridad interior y cada vez se le hace más difícil al hombre ver la jerarquía de los valores, distinguir lo principal y lo accidental y lograr un auténtico juicio».

Pero Dios no deja al hombre en la estacada, no lo abandona al vacío de la nada o del engaño, ni que lo aprisione la muerte o la desesperanza. Él vive, y nos ha enviado como redentor a su Hijo, *Camino, Verdad y Vida*, que ha venido para que tengamos vida, vida plena y eterna; ha vencido a la muerte, y la gracia de su Espíritu hace que lo veamos a Él, que lo contemplemos a Él, su prema e infinita belleza, verdad plena, fuente de vida. Con certeza sé, como Job, como Don Marcelo, como tantos testigos del Señor, que, «después que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios; yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán». No se trata de algo impersonal y etéreo, abstracto y alienante. Con todo el realismo de la persona y del encuentro personal, con todo el realismo de la verdad, la verdad que es Cristo, en quien Dios nos ha amado hasta el extremo y sin límite ni medida, que nos alcan-

za por los testigos, porque *Cristo, mi redentor, vive*.

Como en la mañana de Pascua, como en la primera Pascua, con los testigos que han visto y han palpado, decimos: «¡Es verdad, Cristo, nuestro redentor, vive, ha resucitado; no busquemos entre los muertos al que está vivo». Sabemos que Jesús ha resucitado a la vida inmortal en favor de todos. Para eso somos cristianos, para decírselo a todos y atestigar con nuestra vida renovada que Jesús, con su resurrección, nos ha abierto un camino que desemboca en la vida inagotable de Dios. Los cristianos, como esa cadena ininterrumpida de testigos que transmiten lo que vieron y palparon los primeros testigos, los Apóstoles, que formamos la Iglesia de hoy, de ayer y de siempre, seguimos afirmando nuestra esperanza en Cristo resucitado: «Si morirnos con Él, viviremos con Él. Si perseveramos, reinaremos con Él. Si lo negamos, también Él nos negará. Si somos infieles, Él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo». Estas afirmaciones las hacemos sin jactancia, porque tanto la resurrección, como la vida nueva en Cristo, como la esperanza que nos anima, y de la que hemos de dar hoy sus razones, son pura gracia del amor de Dios.

Un momento de la procesión exequial con los restos mortales del cardenal González Martín, camino de la catedral primada. En la página anterior, Misa *corpore insepolto* por don Marcelo en la capilla del palacio arzobispal de Toledo

Esta esperanza nos anima con toda firmeza en el camino hacia la hora en que Dios sea glorificado en nosotros plenamente. Por ello necesitamos resucitar ya con Cristo a una vida nueva, vivir en Él y por Él; que Él sea nuestra vida y nuestro vivir; que no queramos saber otra cosa que a Cristo, el Crucificado y muerto, que vive; que todo, como Pablo, lo consideremos necesidad y basura, perdida, comparado con Cristo, su vida y conocimiento. Alentados también por la enseñanza y testimonio de Don Marcelo, que así, con la gracia de Dios, quiso ser y vivir, resucitemos con Jesucristo a una vida nueva. Cristo nos ha enseñado esta forma nueva de vida: «Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infértil; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva el Padre le premiará». Así quiso ser y vivir, sirviendo al Señor, Don Marcelo, animado y alentado siempre por el Espíritu, que nos ofrece una nueva libertad para asimilar ese modo de vivir. Que el Señor se lo premie y lo haga estar donde Él.

Telegrama del Papa

Monseñor Antonio Cañizares Llovera, arzobispo de Toledo: Al conocer la triste noticia del fallecimiento del señor cardenal Marcelo González Martín, arzobispo emérito de Toledo, ofrezco fervientes plegarias unido a los fieles de esa comunidad diocesana y a los de Astorga y Barcelona, donde anteriormente ejerció con solicitud su ministerio episcopal, pidiendo a Dios que conceda el eterno descanso a quien durante muchos años fue su diligente pastor.

Recordando su abnegada acción pastoral que le distinguió en su ministerio episcopal en esa nación, trabajando en la aplicación de la doctrina del Concilio Vaticano II y la renovación de la Iglesia en fidelidad a Cristo y al sucesor de Pedro, así como su labor de diálogo y concordia a nivel eclesial, expreso mi sentido pésame a usted, al señor cardenal Francisco Álvarez Martínez, al clero, comunidades religiosas y fieles de esa querida archidiócesis, y también a sus familiares, a la vez que les otorgo de corazón, así como a los participantes en la misa exequial, la confortadora bendición apostólica, como signo de fe y esperanza cristiana en el Señor resucitado.

Ioannes Paulus II

Juan Pablo II, indomable peregrino en Lourdes

La imagen de Juan Pablo II que se deja caer de rodillas ante la imagen de María en la Gruta de Massabielle, provocando un sobresalto entre sus colaboradores, constituye la instantánea en la que se puede resumir el viaje internacional número 104 de su pontificado, que tuvo como objetivo Lourdes



El Papa reza, en la gruta de Lourdes, el pasado 14 de agosto.

Del 14 al 15 de agosto, el obispo de Roma viajó al lugar de las apariciones de la Virgen a Bernadette Soubirous, en 1858, para celebrar junto a toda la Iglesia el 150 aniversario de la proclamación por parte del Papa Pío IX del dogma de la Inmaculada Concepción.

El Santo Padre hizo un esfuerzo sobrehumano para soportar el intenso programa al que se sometió en esos dos días, bajo un fuerte calor. Una vez más, al límite de sus fuerzas, cumplió los objetivos que se había planteado. Con voz temblorosa pronunció seis discursos u homilías en diferentes encuentros públicos o de oración. La concentración de sus largos e intensos momentos de oración conmovió a los trescientos mil peregrinos que congregó en la localidad de los Pirineos.

Como millones de peregrinos, el Papa bebió el agua del manantial que le ofreció el Rector del santuario, el padre Raymond Zambelli. Se alojó en la Residencia de Nuestra Señora, centro de acogida a fieles enfermos. A ellos les dirigió el primer saludo al llegar al santuario, recordando que, desde que es Papa, ha encomendado su ministerio a la oración de los que sufren. Presidió, a bordo del *papamóvil*, un emocionante e inédito Rosario itinerante, en el que se rezaron los misterios de la luz, recorriendo los lugares más simbólicos de Lourdes. Se acostó tarde para poder seguir en oración la tradicional procesión de las antorchas, capaz de poner la piel de gallina al más escéptico. Inauguró el acto con una emotiva oración, que compuso

El Papa recuerda a Jacques Chirac el patrimonio de cultura y de fe de Francia

La visita de Juan Pablo II a Lourdes tenía el carácter de peregrinación al santuario de Nuestra Señora de Lourdes y no tanto de una visita pastoral a Francia, por lo que la bienvenida que le dispensó el Presidente Jacques Chirac en el aeropuerto de Tarbes-Lourdes se caracterizó por la sobriedad.

Ambos, en el encuentro de la mañana del sábado 14 de agosto, recalcaron el objetivo del viaje, la peregrinación mariana, dejando a un lado los tres argumentos que en este último año han confrontado a Francia con la Santa Sede.

El Gobierno Chirac ha sido, junto a Bélgica, el principal opositor a la mención de las raíces cristianas europeas en el borrador del Tratado constitucional de la Unión Europea. La ley de laicidad en las escuelas, pensada en un primer momento para prohibir símbolos musulmanes (por ejemplo, el velo islámico), se ha convertido en un serio atentado a la libertad de expresión y religiosa. Por último, leyes en materia de bioética (experimentación con embriones, aprobación del aborto químico) han alejado aún más profundamente los valores fundamentales sobre el ser humano propuestos

por la Iglesia y por el ejecutivo de París.

En el discurso pronunciado al aterrizar en suelo francés, Juan Pablo II dejó claros, sin embargo, algunos de los derechos fundamentales propios de los creyentes, y comunes a todos los ciudadanos: «En el respeto de las responsabilidades y de las competencias de cada uno, la Iglesia católica desea ofrecer a la sociedad su contribución específica a favor de la edificación de un mundo en el que los grandes ideales de la libertad, la igualdad, la fraternidad puedan constituir la base de la vida social, en la búsqueda de la promoción incesante del bien común». El Santo Padre rindió, por ello, «homenaje al gran patrimonio de cultura y de fe que ha marcado» la historia de Francia, en la que algunos santos han desempeñado un papel decisivo.

Chirac calificó al Pontífice de *incansable peregrino*, que «encarna la audacia, el valor y esa fuerza que hace de usted, Santo Padre, un pastor universal y un hombre de paz»; y a continuación demostró que la visita del Papa no quedaría sin huella, incluso para las mutuas relaciones entre Roma y París.

«Francia y la Santa Sede se unen en este combate a favor de un mundo que coloca al hombre en el corazón de todo proyecto», constató. «Un combate por la paz, para que las relaciones entre los Estados estén sometidas a la ley, rechazando la política del hecho consumado, promoviendo el diálogo de culturas como antídoto a la violencia y al rechazo del otro».

«El ideal que nos alienta es el de una Humanidad unida en torno a valores universales, capaz de respetar y celebrar la diversidad de sus historias y culturas; una Humanidad más comprometida que nunca en la búsqueda del conocimiento y del progreso, motivo por el cual se somete a la ética de la responsabilidad y de la exigencia de la solidaridad», concluyó el Presidente.

Sus palabras servirán ahora a los obispos franceses para citarlas como prueba de que el modelo de sociedad no es el laicismo exacerbado que ha caracterizado algunas decisiones del Ejecutivo francés en el último año, sino el de una sana y constructiva laicidad.



para esa ocasión, en la que ponía en manos de María «el don tan esperado de la paz».

La gran sorpresa de esta peregrinación apostólica ha sido el interés con el que Francia ha seguido la visita papal. Los canales de televisión, tanto públicos como privados, al igual que buena parte de los diarios ofrecieron una cobertura que literalmente eclipsó la apertura de los Juegos Olímpicos de Atenas.

De hecho, la relación entre Juan Pablo II y los medios de comunicación franceses tiene un antes y un después: la Jornada Mundial de la Juventud de agosto de 1997, que congregó en París a más de un millón de jóvenes. Los redactores, en las vísperas de aquel viaje, prácticamente lo habían boicoteado o habían publicado durísimos artículos. Al ver afluir a la capital francesa ríos de chicos y chicas, tuvieron que alterar la programación y enviar refuerzos informativos para responder adecuadamente a la magnitud del acontecimiento. Esta vez, en Lourdes, los medios de comunicación no querían que el carisma del *hombre de blanco* les pillara desprevenidos.

Y, como siempre, el sucesor de Pedro atrajo el interés de los medios con un men-

saje que va contra la corriente de una sociedad consumista. En la misa conclusiva del domingo, acto culminante, en la pradera de Lourdes, se dirigió precisamente a «nuestra época, que siente la tentación del materialismo y la secularización», para que descubra «los valores esenciales que sólo se pueden percibir con los ojos del corazón».

Un desafío que confió de manera especial a las mujeres. «¡A vosotras, mujeres, os corresponde ser centinelas del Invisible!», les dijo.

A todos lanzó «un apremiante llamamiento para que hagáis todo lo que podáis para que la vida, toda vida, sea respetada desde la concepción hasta su término natural». Y recalcó: «La vida es un don sagrado del que nadie puede apropiarse».

«*Sed mujeres y hombres libres!* —exhortó—. Pero recordad: la libertad humana es una libertad marcada por el pecado. También tiene necesidad de ser liberada. Cristo es el liberador, *Él nos ha liberado para que seamos verdaderamente libres*. ¡Defended vuestra libertad!»

Jesús Colina. Roma

Los peregrinos rodean el *papamóvil* durante la procesión del 14 de agosto, en Lourdes

Habla el Papa



El ícono de Kazán

Mensaje de Juan Pablo II a Su Santidad Alejo II, Patriarca de Moscú

Tras un largo período de pruebas y sufrimientos soportados por la Iglesia ortodoxa rusa y por el pueblo ruso en el siglo pasado, el Señor de la Historia, que dispone todas las cosas de acuerdo con su voluntad, nos otorga hoy un gozo y una esperanza común con el regreso del ícono de la Madre de Dios de Kazán a su tierra natal.

Por un misterioso proyecto de la Divina Providencia, durante los largos años de su peregrinación, la Madre de Dios en su sagrado ícono conocido como *Kazanskaya* ha reunido en torno a Ella a los fieles ortodoxos y a sus hermanos católicos de otras partes del mundo, quienes fervientemente han orado por la Iglesia y el pueblo que Ella ha protegido a lo largo de los siglos. Más recientemente, la Divina Providencia ha hecho posible que el pueblo y la Iglesia en Rusia recuperara su libertad y que el muro que separaba Europa del Este de Europa occidental cayera. A pesar de la división que tristemente persiste aún entre cristianos, este sagrado ícono aparece como un símbolo de la unidad de los seguidores del Unigénito Hijo de Dios, el Único al que Ella misma nos conduce.

El obispo de Roma ha orado ante este sagrado ícono pidiendo que lleve el día en que todos nosotros estemos unidos y seamos capaces de proclamar al mundo, con una sola voz y en visible comunión, la salvación de nuestro único Señor y su triunfo sobre el mal y las fuerzas impías que buscan dañar nuestra fe y nuestro testimonio de unidad.

Unidos en esta oración están todos los hijos e hijas de la Iglesia católica en su profunda devoción y veneración a la Santa Madre de Dios.

Lourdes, 66 milagros reconocidos

Desde que tuvieron lugar en 1858 las apariciones de la Virgen de Lourdes, 63 curaciones han sido reconocidas por expertos (de diferentes convicciones religiosas) como científicamente inexplicables, y por la Iglesia católica como auténticos milagros.

El dato fue confirmado a *Alfa y Omega* por el doctor Patrick Theillier, médico responsable de la Oficina Médica de Lourdes. En virtud de este cargo, encomendado por el obispo de Tarbes-Lourdes, debe examinar a las personas que consideran haber experimentado un milagro atribuido a la intercesión de la Virgen de Lourdes.

«Lourdes es el único lugar, fuera del Vaticano, con una Oficina Médica (creada en 1883) en la que se examinan curaciones inexplicables», afirma. Y revela que «el Comité Médico Internacional de Lourdes (CMIL), comité de consulta compuesto por unos veinte miembros permanentes, médicos de hospitales procedentes de toda Europa, se reúne una vez al año para examinar los dossieres más serios».

«Hay que distinguir el aspecto científico del espiritual —añade—. La curación debe superar las leyes conocidas de la evolución de la enfermedad, y la persona que ha experimentado el milagro debe reconocer, además, el significado espiritual del acontecimiento».

«Para que pueda ser reconocida como milagrosa —continúa—, la curación debe responder a siete criterios. Es necesario comprobar la enfermedad, que debe ser grave, con un pronóstico fatal. La enfermedad debe ser orgánica, o producida por lesiones. Ningún tratamiento puede estar en el origen de la curación. Ésta debe ser repentina, instantánea. Por último, la reanudación de las funciones debe ser completa, sin convalecencia, y debe ser duradera».

«Por este motivo, el reconocimiento de los milagros lleva varios años —concluye—. Una vez que lo hemos reconocido, la curación es publicada por el obispo de la diócesis en la que reside la persona que ha experimentado el milagro».

Nombres

El Santo Padre **Juan Pablo II** ha nombrado Nuncio Apostólico en la República del Congo al sacerdote español (de Cuenca), monseñor **Andrés Carrascosa Coso**, hasta ahora consejero de la Nunciatura Apostólica en Canadá, y lo ha elevado a la dignidad de arzobispo. En fecha aún por determinar, su ordenación episcopal le será conferida por el Secretario de Estado, cardenal **Angelo Sodano**.

El **Papa Juan Pablo II** desea que el ícono de la Virgen de Kazán, que fue entregado en Moscú por el cardenal **Walter Kasper** a la Iglesia ortodoxa rusa, transmita tres mensajes al Patriarca ruso **Alejo II**: que el Papa siente un gran afecto por él y por la Iglesia ortodoxa rusa; que tiene una gran estima por la espiritualidad rusa; y que su deseo y firme propósito es proseguir en el camino del recíproco conocimiento y de la reconciliación entre católicos y ortodoxos.

A partir del próximo curso académico, el padre jesuita **Gianfranco Ghirlanda** será el nuevo Rector de la Pontificia Universidad Gregoriana, de Roma. Decano de la Facultad de Derecho Canónico, recibió su nombramiento por el Papa como nuevo Rector el pasado 15 de marzo.

La Junta General del Instituto Pontificio para los Claustros Necesitados (CLAUNE) ha elegido Presidente de la Institución a monseñor **Rafael Palmero Ramos**, obispo de Palencia.

La Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos ha proclamado a santa **Teresa del Niño Jesús** co-Patrona del Apostolado de la Oración, movimiento presente en todo el mundo y que tiene unos cuarenta millones de socios.

Como signo de reconciliación en el arduo proceso de paz en Irlanda del Norte, ha surgido en Rostevor, cerca de Belfast, el **monasterio de la Santa Cruz**. Sus fundadores, cinco monjes benedictinos, llegaron desde Francia, justamente, en la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos.

Teresa de Bouriatie, mujer rusa de 26 años, ha abrazado la vida religiosa en la Iglesia católica gracias a su padre, un general de la Armada Roja, quien, después de haber resultado herido gravemente en Afganistán, encomendó a sus hijos «poner a Dios en el primer lugar de vuestras vidas». Hoy la hermana Teresa, de la Congregación de las Religiosas de Santo Domingo, trabaja en una ciudad siberiana de cuatrocientos mil habitantes.

El cardenal **Carlos Amigo Vallejo**, arzobispo de Sevilla, ha celebrado sus Bodas de Oro de profesión religiosa en la iglesia de San Francisco el Grande, de Santiago de Compostela. Le acompañaron el arzobispo de Santiago, monseñor **Julián Barrio**, monseñor **Cipriano Calderón**, de la Comisión Pontificia para América Latina, el arzobispo de Tánger, franciscano como él, monseñor **José Antonio Peiro**, y el obispo de Lugo, también franciscano, monseñor **José Higinio Gómez**, así como el padre **José Rodríguez**, General de los franciscanos, ante quien renovó su profesión religiosa.

Los participantes en el Encuentro Europeo de Jóvenes que tuvo lugar en Compostela los días del 5 al 8 de agosto pasado, pudieron conocer la ejemplar figura de **Manuel Lozano Garrido (Lolo)**, gracias a una pequeña biografía que la Asociación de Amigos de Lolo preparó expresamente para las mochilas de los jóvenes peregrinos.

La **Santa Sede**, en coincidencia con las Olimpiadas, ha creado una *Oficina del Deporte*. En una nota hecha pública se subraya que el deporte, ciertamente, puede ser considerado uno de los puntos neurálgicos de la cultura contemporánea y una de las fronteras de la nueva evangelización.

Nombramientos en la Universidad San Pablo-CEU

Carla Diez de Rivera y Pérez de Herrasti ha sido nombrada directora de Desarrollo Corporativo y Comunicación, de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU, en la que es directora de Actividades Culturales y profesora de Gestión Cultural. Es la coordinadora del Congreso *Católicos y vida pública*, cuya sexta edición se celebrará próximamente. A partir de ahora, coordinará los departamentos de Actividades culturales, Antiguos alumnos, Marketing, Relaciones públicas, Cooperación con empresas, Relaciones institucionales, Publicaciones y Gabinete de Comunicación.

La Junta del Patronato de la Fundación ha nombrado también a don Raúl Mayoral Benito Secretario General de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU. Es licenciado en Derecho y máster en Derecho de las Telecomunicaciones.



A Malta, con san Pablo

Tras las huellas de Pablo es el lema de una interesante iniciativa programada por el cardenal Darío Castrillón, Prefecto de la Congregación para el Clero, para el próximo mes de octubre: un millar de sacerdotes de 80 países se reunirán, en Malta, en un Congreso Internacional bajo el título *Sacerdotes, forjadores de santos para el nuevo milenio*. Malta es la isla mediterránea a la que el apóstol Pablo llegó en el año 59 de la era cristiana, tras un naufragio cuando era trasladado a Roma como prisionero. Según el cardenal Castrillón, este encuentro quiere ser un tiempo y un espacio de formación y de oración. No podemos olvidar que el hombre de hoy espera del sacerdote una sola cosa: ver en él a Cristo.

Plataforma a favor de la vida

Una veintena de entidades se han unido para constituir la plataforma *Hay Alternativas*, contra la ley del aborto, y a favor de la paz. Su nueva web –www.hayalternativas.org– recogió más de 5.000 firmas, en sólo 24 horas, para un manifiesto en el que se exige a los poderes públicos que no se amplíen los supuestos de despenalización del aborto; se pide asimismo que el Ministerio de Sanidad controle que se cumpla lo que establece el Código Penal vigente. *Hay Alternativas* es una plataforma de juristas, médicos, ciudadanos y entidades civiles que consideran que el aborto provocado es la muerte violenta de un ser humano; y que el aborto no resuelve un problema, sino que genera otro mucho mayor.

Libro sobre Antonio Garrigues

Antonio Garrigues Díaz-Cañabate. 1904-2004 es el título de un espléndido libro, primorosamente editado, que Garrigues Cátedra-Universidad de Navarra acaba de publicar en homenaje a la memoria del que fue embajador de España y ministro de Justicia don Antonio Garrigues. La primera línea del libro dice así: «Don Antonio vivió 100 años llenos de frutos y de amores». Estas espléndidas páginas se abren con una dedicatoria en latín que, traducida, reza así: «Entre sus conciudadanos, justo; como compañero, leal; con sus familiares, padre; con Dios, piadoso». Durante años, el embajador Garrigues ejerció eficazmente su cargo en la Embajada de España cerca de la Santa Sede. De su amada Roma –que leída de derecha a izquierda, como leen los árabes, es amor– escribió: «Nunca expliques al amor/ lo que sientes tú y yo siento,/ que a explicar lo inexplicable/ se llama perder el tiempo». En sus *Diálogos conmigo mismo* escribió: «El tiempo se va comiendo nuestras vidas a pedazos. Por eso hay que ganarlo, no hay que perderlo; porque, de cómo lo hemos ganado o perdido es de lo que tendremos que dar cuenta a Dios. Sí, a Dios. Él es la única verdad que hay en la vida. Es la Verdad y la Vida».

Ayuda a la Iglesia Necesitada

Ayuda a la Iglesia Necesitada informa que se están incrementando los donativos que recibe: la generosidad de más de 330.000 benefactores de 17 países creció, el año pasado, en un 1,2%. Los ingresos alcanzaron la cifra de setenta y dos millones y medio de euros. Así, esta benemérita institución, fundada por el padre Van Straaten, puede ayudar a proyectos concretos de desarrollo en 135 países, 8 más que el año anterior, algunos de mayoría musulmana, como Argelia, Libia, Jordania y Marruecos. Los países más generosos de Europa son Francia, Alemania y Suiza; ha incrementado significativamente sus aportaciones Portugal. En América, los que más aportan son Chile y Brasil. En África, los países más ayudados han sido Sudán, Congo, Angola y Etiopía; y en Iberoamérica, Cuba y Haití.

El arzobispo Angelo Amato explica la Carta a los obispos sobre el hombre y la mujer

«La mujer tiene un carisma propio de acogida al otro»

El arzobispo Angelo Amato, Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, explicó en Radio Vaticano, el contenido y el fin de la *Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo*. Reproducimos lo esencial de la entrevista



Tras la *Mulieris dignitatem* (1988) y la *Carta a las mujeres* (1995), de Juan Pablo II, ¿qué dice de nuevo sobre la mujer esta intervención de la Congregación para la Doctrina de la Fe?

La novedad reside en la respuesta a dos tendencias bien delineadas en la cultura contemporánea. La primera, subraya fuertemente la condición de subordinación de la mujer que, para ser ella misma, tendría que constituirse en antagonista del hombre. Se plantea, por lo tanto, una rivalidad radical entre los sexos, según la cual la identidad y el rol de uno son asumidos en desventaja del otro. Para evitar esta contraposición, hay una segunda corriente que tiende a eliminar las diferencias entre los sexos. La diferencia corporal, llamada sexo, se minimiza y se considera un simple efecto de los condicionamientos socioculturales. Se evidencia, así, la dimensión estrictamente cultural, llamada género. De ahí nace el cuestionamiento de la índole natural de la familia, compuesta por padre y madre, la equiparación de la homosexualidad a la heterosexualidad, la propuesta de una sexualidad polimorfa.

¿Cuál es la raíz de esta tendencia?

Según esta perspectiva antropológica, la naturaleza humana no lleva en sí misma características que se impondrían de manera absoluta: toda persona podría o debería configurarse según sus propios deseos, ya que sería libre de toda predeterminación biológica. Frente a estas concepciones erróneas, la Iglesia reafirma aspectos esenciales de la antropología cristiana, fundados en los datos revelados en la Sagrada Escritura.

¿Qué dice la Biblia al respecto?

El primer texto del Génesis describe la potencia creadora de Dios que obra realizando distinciones en el caos primigenio (luz, tinieblas, mar, tierra, plantas, animales) y crea, en fin, al ser humano, «a imagen de Dios lo creó, hombre y mujer los creó». La segunda narración de la creación confirma la importancia esencial de la diferencia sexual. Al lado del primer hombre, Adán, Dios coloca a la mujer, creada de su misma carne y envuelta por el mismo misterio.

¿Qué significa?

El texto bíblico ofrece tres importantes indicaciones. En primer lugar, el ser humano es una persona, tanto hombre como mujer. En segundo lugar, el cuerpo humano, marcado por el sello de la masculinidad o de la feminidad, está llamado a existir en la comunión y en el don recíproco. Por esto el matrimonio es la primera y fundamental dimensión de esta vocación. En tercer lugar, si bien trastornadas y obscuras por el pecado, estas disposiciones originarias del Creador no podrán ser nunca anuladas. La antropología bíblica, por tanto, sugiere afrontar desde un punto de vista relacional, no competitivo ni de revancha, los problemas que a nivel público o privado supone la diferencia de sexos.

¿Cuál es la aportación de lo femenino a la sociedad?

La mujer, a diferencia del hombre, tiene un carisma propio que se ha dado en llamar la *capacidad de acogida del otro*. Se trata

de una intuición unida a su capacidad física de dar la vida, que la orienta al crecimiento y a la protección. Es el *genio de la mujer* que le permite adquirir muy pronto madurez, sentido de responsabilidad, respeto por lo concreto, resistencia ante las adversidades. Este patrimonio virtuoso impulsa a las mujeres a estar presentes activamente en la familia y en la sociedad, proponiendo soluciones innovadoras a los problemas económicos y sociales.

¿Cómo se concilia en la mujer el trabajo con su papel en la familia?

Se trata de un problema importante. La sociedad debe valorar adecuadamente el trabajo desarrollado por las mujeres en la familia y en la educación de los hijos, reconociendo su valor en el ámbito social y económico.

En conclusión dos palabras: redescubrimiento y conversión. Redescubrimiento de la dignidad común del hombre y la mujer, en el reconocimiento recíproco y en la colaboración. Conversión por parte del hombre y de la mujer a su identidad originaria de *imagen de Dios*, cada uno según su propia gracia.

La introducción de la Carta dice: «En estos últimos tiempos se ha reflexionado mucho acerca de la dignidad de la mujer, sus derechos y deberes en los diversos sectores de la comunidad civil y eclesial. (...) La Iglesia se siente ahora interpelada por algunas corrientes de pensamiento, cuyas tesis frecuentemente no coinciden con la finalidad genuina de la promoción de la mujer».

Encuentro Europeo de Jóvenes en Santiago de Compostela

«Algo nuevo está surgiendo...»

«**A**lgo nuevo está surgiendo a impulsos del Espíritu», decía monseñor Julián Barrio, arzobispo de Santiago de Compostela, ante los miles de jóvenes que se congregaron, el pasado 8 de agosto, en la ciudad del Apóstol. Aquellos que pudieron contemplar las mareas humanas que atravesaban las calles de Santiago decían que hacía tiempo que no veían a tantos jóvenes reunidos en la ciudad.

Para muchos de estos jóvenes, más de 40.000, aquella Eucaristía del día 8 ponía punto y final a varios días de costosa peregrinación desde distintos puntos de España, y también de Europa. Se clausuraba el Encuentro Europeo de Jóvenes, y aunque la lluvia quiso empañar la celebración, no consiguió hacer lo mismo con el ánimo de todos los que hasta allí habían llegado. Por eso el cardenal arzobispo de Madrid, don Antonio María Rouco Varela, que había acudido como enviado especial del Papa, valoró el sacrificio que suponía resistir bajo la lluvia, y dijo que se trataba de una señal de que los jóvenes no se acobardarán «ante las dificultades a la hora de ser testigos del Evangelio».

Durante el Encuentro, los jóvenes pudieron ver un vídeo grabado en Castengaldolfo, lugar de veraneo y descanso del Papa, en el que invitaba a todos los jóvenes a reflexionar sobre Europa: «Comprometeos a que la luz de Cristo, con vuestros ideales, trabajo y oración, alumbré el camino de Europa en un nuevo amanecer de fe y esperanza».

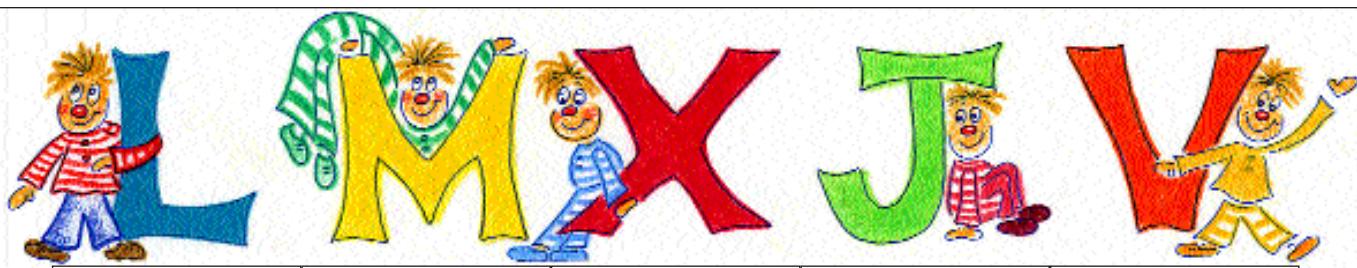
El Encuentro, que reunió a jóvenes españoles de todas las Comunidades Autónomas, así como a muchos miles llegados de los distintos países europeos, resultó ser una luz que iluminó a todos los peregrinos para ser en



su tierra *sal y luz*, como anunciaba la última Jornada Mundial de la Juventud, en Toronto. Con la mirada puesta ya en el Encuentro de Colonia del próximo verano, los jóvenes regresaron recordando las palabras del cardenal arzobispo de Madrid para este curso que comienza: «Amad la Iglesia, servid a la Iglesia, extended la Iglesia...»

Horario del Cole

Para que vayas cogiendo fuerzas y preparando con calma el comienzo del cole, aquí te proponemos el *Horario de clase*. Puedes recortarlo y pegarlo en tu carpeta, o en la agenda, para llenarla cuando comience el curso.



La educación: un derecho, no un privilegio

Muchos piensan que ir al colegio es *un rollo*, que hay que ir porque se supone que es lo que hacen los niños a diario, mientras los mayores trabajan. Pero, si nos ponemos serios, también sabemos que la educación es un derecho. Eso nos lo han enseñado por activa y por pasiva. «El niño tiene derecho a recibir una educación». Viene reflejado en los derechos fundamentales del niño, esos que mamá amenaza con cargarse de un plumazo si no recoges la habitación de una vez.

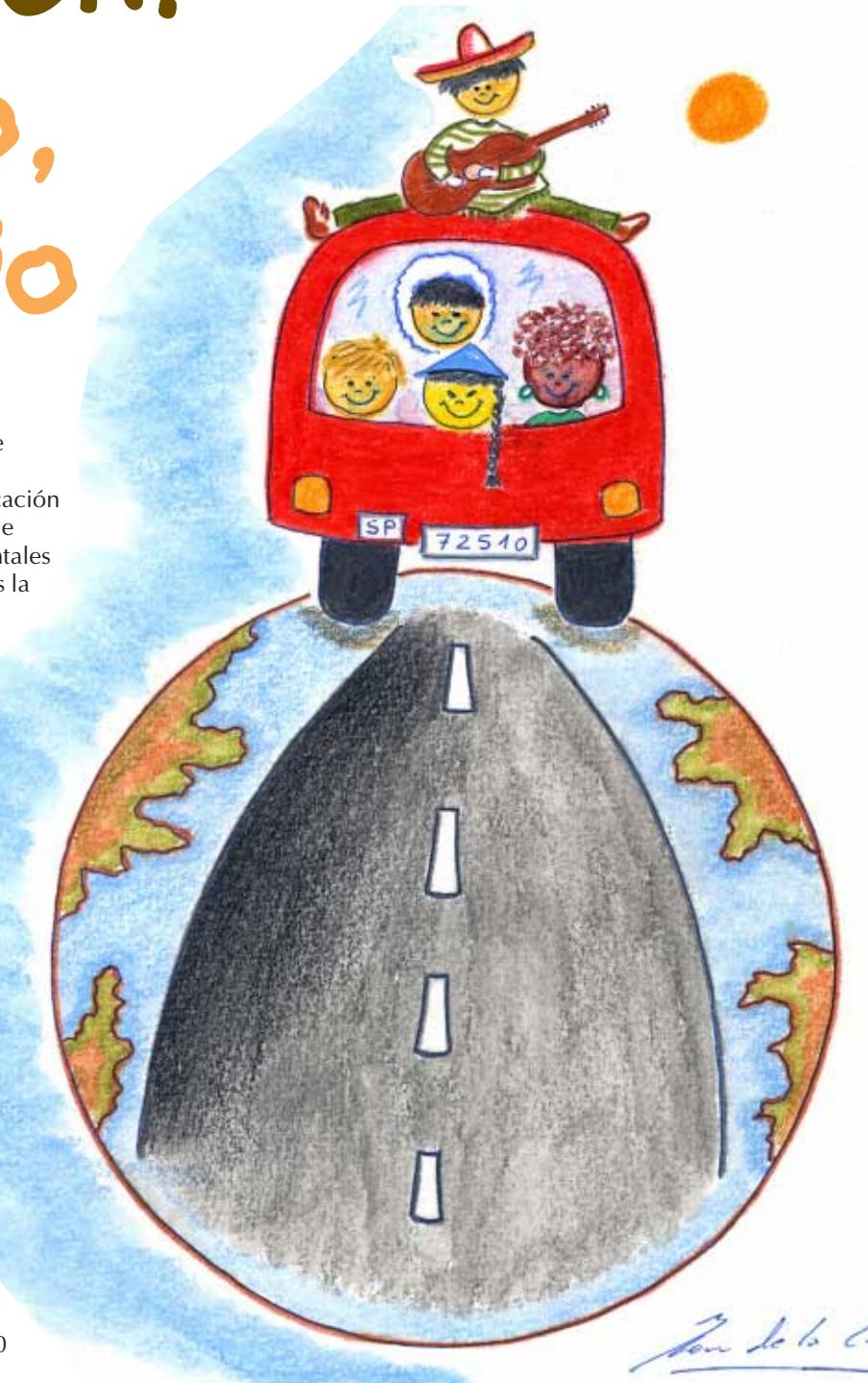
Bueno, pues es necesario que sepamos, por aquello de *abrir nuestra mente y ampliar nuestros horizontes*, que en muchos, muchos países del mundo la educación es un privilegio que no todos pueden disfrutar.

¿Sabías que en el mundo más de 121 millones de niños no pueden ir al colegio? La cifra es tan alta, que nos cuesta mucho hacernos una idea, pero podéis pensar, por ejemplo, que en España somos más de 40 millones de personas. Así que hay tantos niños que no pueden ir al colegio como tres veces nuestro país. Visto así, ¿qué os parece?

Hay además otro detalle, y es que, de esa cifra tan enorme, **más de la mitad son niñas**. Todavía hoy, en muchos países, las primeras que sufren la pobreza y la desigualdad son las niñas y las mujeres. Si en una familia se pasa hambre, las primeras que dejan de estudiar para ponerse a trabajar son las niñas. Se considera, según cifras de UNICEF, que **en el mundo hay 875 millones de analfabetos**, y que las dos terceras partes de ellos son mujeres.

En muchas organizaciones comienzan a darse cuenta de que la discriminación de las niñas en las escuelas impedirá el desarrollo del mañana, pues una mujer sin educación tiene más posibilidades de contraer enfermedades, entre ellas el sida, y será más susceptible de sufrir malos tratos, y por supuesto pobreza y explotación. Y es que la ayuda a una mujer repercute también, de un modo extraordinario, en toda su familia.

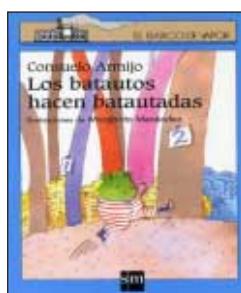
La región más necesitada respecto a la educación y las niñas es el África subsahariana, donde el número de niñas sin escolarizar ha aumentado, de 20 millones en 1990, a 24 millones en 2002.



Tom de la Con

LIBROS

Título: Los batautos hacen batautadas
Autor: Consuelo Armijo
Ilustraciones: Margarita Menéndez
Editorial: SM



Aquí tenéis un libro divertidísimo sobre unos amigos muy especiales: los batautos, unos seres simpáticos y occurrentes, que harán que tus tardes de verano estén llenas de risas con sus invenciones.

Título: Claudia y Grunch
Autor: Rafael Gómez Pérez
Editorial: Edites
Colección: La mochila de Astor



Diego tiene dos amores: Claudia y Grunch. Claudia es una chica especial, tiene una sensibilidad distinta, pero no parece interesarse por Diego más que por su perro salchicha, Grunch. Y es que Claudia quiere ser veterinaria. Esta es la historia de un amor que no es correspondido, de un olvido obligado que, al final, tiene su recompensa. Pero para conocer toda la historia tendréis que leeros *Claudia y Grunch*, un libro lleno de poesía.

Peregrinos de Europa, profetas de la esperanza

La Peregrinación Europea de Jóvenes, del 5 al 8 de agosto de 2004, a Santiago de Compostela tuvo uno de sus momentos más intensos y emotivos en la Vigilia de Oración, el sábado 7, en el Monte del Gozo. Congregados más de 30.000 jóvenes de toda Europa, era impresionante ver y sentir el intenso calor humano, la alegría de estar allí y, sobre todo, esas ganas de ser, tal como rezaba el lema del encuentro: «Testigos de Cristo para una Europa de la esperanza»

Desde las primeras palabras de la hoja del Legado Pontificio, el cardenal arzobispo de Madrid, don Antonio María Rouco, se podía percibir la importancia de la invitación hecha a los jóvenes a ser «testigos valientes del Evangelio de la esperanza, para que Europa recupere su alma cristiana y florezca en ella la vida que ha dado origen a que pueblos, lenguas y culturas tan distintos vivan en una unidad espiritual que tiene sus raíces en el Evangelio de Cristo».

Había comenzado su peregrinación en Oviedo, a la cabeza de los más de dos mil jóvenes madrileños que caminaban organizados por la Delegación diocesana de Juventud, y junto con los obispos auxiliares y no pocos Vicarios episcopales. Más allá de esta peregrinación diocesana, a lo largo del Camino jacobeo del Norte, al llegar a San

tiago de Compostela los jóvenes peregrinos de Madrid eran ya cinco mil. Ha sido una experiencia inolvidable. Unidos a otros miles de jóvenes de las demás diócesis de España, muchos con sus obispos al frente, y de toda Europa, hemos vivido unas jornadas de auténtica comunión eclesial y de verdadera esperanza. Se nos lanzó un desafío.

El reto más delicado: «construir la Europa del espíritu». Ésta fue la llamada que hizo, en primer lugar, el arzobispo de Santiago, monseñor Julián Barrio, durante el saludo de bienvenida a los peregrinos, en la plaza del Obradoiro, ante la catedral compostelana, el día 5 de agosto, diciendo: «La Iglesia y Europa son dos realidades íntimamente unidas en su ser y en su destino, y en estos cuatro días, nosotros, los jóvenes cristianos, hemos sido llamados a conocer y profundizar en nuestras raíces para luego compro-



Peregrinos delante de la fachada de la catedral de Santiago de Compostela

meternos en la construcción de la Europa del espíritu; así nos lo recordaba. Su Santidad Juan Pablo II en el año 1982: *Europa: vuelve a encontrarte, sé tu misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces*».

También el cardenal Rouco, durante la Vigilia de oración, dijo: «Queridos jóvenes, habéis venido desde los distintos pueblos de Europa para pedir al Apóstol la gracia de ser, como quiere el Papa, *centinelas del mañana, operadores y artífices de paz, constructores de la civilización del amor*; en definitiva, testigos de Cristo y de su Evangelio, de forma que contribuyáis a hacer realidad un gran sueño: el nacimiento de la nueva Europa del espíritu. Una Europa fiel a sus raíces

cristianas, no encerrada en sí misma, sino abierta al diálogo y a la colaboración con los demás pueblos de la tierra; una Europa consciente de estar llamada a ser faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo, decidida a aunar sus esfuerzos y su creatividad al servicio de la paz y de la solidaridad entre los pueblos».

Somos la Iglesia de Cristo

«Amad la Iglesia, servid a la Iglesia, extended la Iglesia» –continuó el cardenal–. Es la casa del Espíritu, el lugar de la comunión donde todos los pueblos se sienten hermanos. La unidad europea sólo podrá realizarse en la medida en que los distintos pueblos que forman Europa reconozcan que viven de una unidad hermosa y antiquísima, cuyos orígenes están en los afanes apostólicos de los primeros testigos del Señor –Santiago es figura señera– que, proclamando el Evangelio y fundando Iglesias, pusieron los cimientos de una nueva forma de vivir que llamamos cristianismo. ¡No permitáis, queridos jóvenes, que esta hermosa herencia se despilfarrre; no consentáis que ideologías opuestas a Dios y, por tanto, enemigas del hombre pretendan destruir lo que el Espíritu ha edificado a lo largo de siglos con la heróica cooperación de los testigos de Cristo que nos han precedido! No os dejéis manipular por quienes pretenden seduciros con ideologías contrarias a la vida, a la verdadera dignidad de la persona humana, a la comprensión de la sexualidad y del amor según el plan de Dios, que contribuyen en último término a lo que el Papa ha llamado *oscurecimiento de la esperanza*».

Alberto García, joven madrileño, explica así su impresión sobre la Eucaristía de clausura en el Encuentro Europeo de Jóvenes de Santiago de Compostela: «La lluvia no fue capaz de impedir la Eucaristía, y menos aún el clima de oración, amor y silencio que se respiraba. Todos los presentes, a pesar de estar calados hasta los huesos, transformamos en un acto vivo la celebración y pusimos de manifiesto nuestra fe. Una fe viva, que, a pesar de las inclemencias del tiempo, de los proble-



mas físicos, puso de manifiesto que el amor es más fuerte. Fue impresionante ver que, aunque lloviese a mares, los sacerdotes y jóvenes mostraban una verdadera comunión eclesial. Se dio a comprender que, por muy mal que vayan las cosas, la grandeza de Dios se hace presente, se vive en los corazones más humildes, que no les importa mojarse por ver, por vivir, para y con Dios».

A pesar de la fuerte lluvia, los jóvenes no se dieron por vencidos y participaron en la Eucaristía de clausura el domingo por la mañana, dando ejemplo de perseverancia, tenacidad y, sobre todo, de comunión eclesial. En ese ambiente, el cardenal Rouco Varela se dirigió a los jóvenes congregados para expresarles su gratitud por su presencia: «Los obispos españoles –les dijo– sabíamos muy bien que podíamos contar incondicionalmente con nuestros amigos y hermanos, los jóvenes católicos de España, para esta bella empresa de una nueva cita europea en el viejo y venerable Camino de Santiago», con motivo del primer Año Santo Compostelano del tercer milenio que el Santo Padre nos invitó a afrontar *remando mar adentro* sin desmayos y cansancios, mirando y contemplando el rostro de Cristo, el Señor y Salvador por excelencia. Asimismo les explicó cómo el lema elegido trata de responder a la llamada que muchos jóvenes sienten de ser *testigos de Cristo para una Europa de la esperanza* y cómo, de este mismo lema, emana una indudable fascinación: «¿Qué joven europeo sensible para las necesidades más hondas de sus contemporáneos y amigos no se siente alentado –¡cogido!– por la llamada a ser testigo de Cristo para que en Europa, ¡en una nueva Europa unida fraternalmente!, vuelva a renacer la esperanza?».

«Estábamos seguros, además –señaló el cardenal–, de la comprensión positiva y activa de nuestros hermanos en el Episcopado, de toda Europa y, sobre todo, del apoyo espiritual y pastoral del propio Santo Padre Juan Pablo II, el más insigne peregrino que conoció Santiago de Compostela nunca. En dos ocasiones memorables e inolvidables se postró ante el sepulcro del Apóstol Santiago, el que España venera como su Patrono y primer evangelizador y el que todos los

pueblos hermanos de Europa reconocen como Guía insigne de su peregrinación cristiana a lo largo de los siglos, en que ella se formó como continente homogéneo cultural y espiritualmente. La primera vez clausuraba su primera visita apostólica a las diócesis de España con un acto europeísta en la catedral y santuario del Apóstol, pleno de clarividencia y aliento profético al divisar en su horizonte inmediato las grandes cuestiones morales y espirituales que condicionarían el proceso de unidad europea y su futuro. Era preciso no olvidar que, *sin alma*, el proyecto europeo tendría fecha ineludible de caducidad. Sus palabras no han perdido la más mínima actualidad dos décadas después. Suenan con la misma frescura, incluso con mayor urgencia histórica y como un reto inaplazable para vosotros, jóvenes peregrinos europeos de Santiago del Año Santo 2004:

Yo –exclamaba el Papa–, obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, desde Santiago te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de

Un grupo de jóvenes peregrinos de Madrid, encabezados por el cardenal arzobispo, don Antonio María Rouco

amor. Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu identidad espiritual en un clima de pleno respeto a las otras religiones y a las genuinas libertades».

Jóvenes cristianos para Europa: al servicio de la esperanza

Era casi imposible entrar, de tantos peregrinos que se habían congregado en la capilla del Seminario Menor de Santiago de Compostela, el sábado 7 de agosto, para escuchar la catequesis del arzobispo de Toledo, monseñor Antonio Cañizares. En su exposición afirmó: «Aquí está la Iglesia, unida en una sola fe. Hemos venido de toda España y somos una sola familia. Queridos jóvenes, vale la pena ser Iglesia. Aquí tenemos un mundo nuevo, jóvenes alegres y llenos de vida. Sois la esperanza de Europa, sois la esperanza de la Iglesia. Que esa esperanza que vosotros tenéis pueda ser compartida con los demás. Dejad que Cristo sea la base de vuestra existencia. Dejad que Cristo sea vuestro Camino, Verdad y Vida. Dejad que Cristo sea vuestra alegría. Sois vosotros, los jóvenes, los más indicados para evangelizar a vuestros coetáneos. Seamos testigos de la vida y así seremos testigos de la esperanza. Frente a la cultura de la muerte, estamos llamados a ser profetas de la vida, testigos del amor de Cristo».

Monseñor Cañizares señaló también, entre otras cosas, sus preocupaciones más urgentes como pastor, diciendo: «Estamos en una sociedad donde todo quiere ser definido por el hombre, por el poder. Estamos en un mundo donde lo religioso quiere ser marginado o reducido a un hecho privado. Cristo se ha entregado por todos y urge dar a conocer su Evangelio. Se necesitan testigos de esta *Buena Noticia*. En Cristo tenemos la verdad de las relaciones humanas. En Él tenemos la verdad del hombre, y eso afecta todas las dimensiones humanas».

Robinson Fuenzalida

La voz de los peregrinos

En este Camino he aprendido a andar. **Miguel Fernández**, joven médico, nos describe su experiencia como peregrino y voluntario: «La experiencia como médico ha sido preciosa, y los pacientes *mucho más pacientes* que los que normalmente trato en mi vida laboral. Comenzamos a andar y empecé a olvidarme de mí mismo para preocuparme más por los demás, por mis compañeros de camino. Mi recuerdo de ellos será siempre de una sonrisa con la que siempre nos recibían; daba igual que estuviesen llenos de dolores, porque siempre tenían una palabra amable, una sonrisa, y el médico más que dar siempre recibía».

Queremos dar testimonio de la familia en estos tiempos difíciles. **Alfredo Abad**, del Movimiento Familiar Cristiano, ha peregrinado a Santiago con su mujer y sus 4 hijos, y para él ser peregrino significa: «Vivir un encuentro consigo mismo y una reflexión para seguir con más fuerzas el camino de Jesús y compartir con los jóvenes las vivencias de la unión con Cristo».

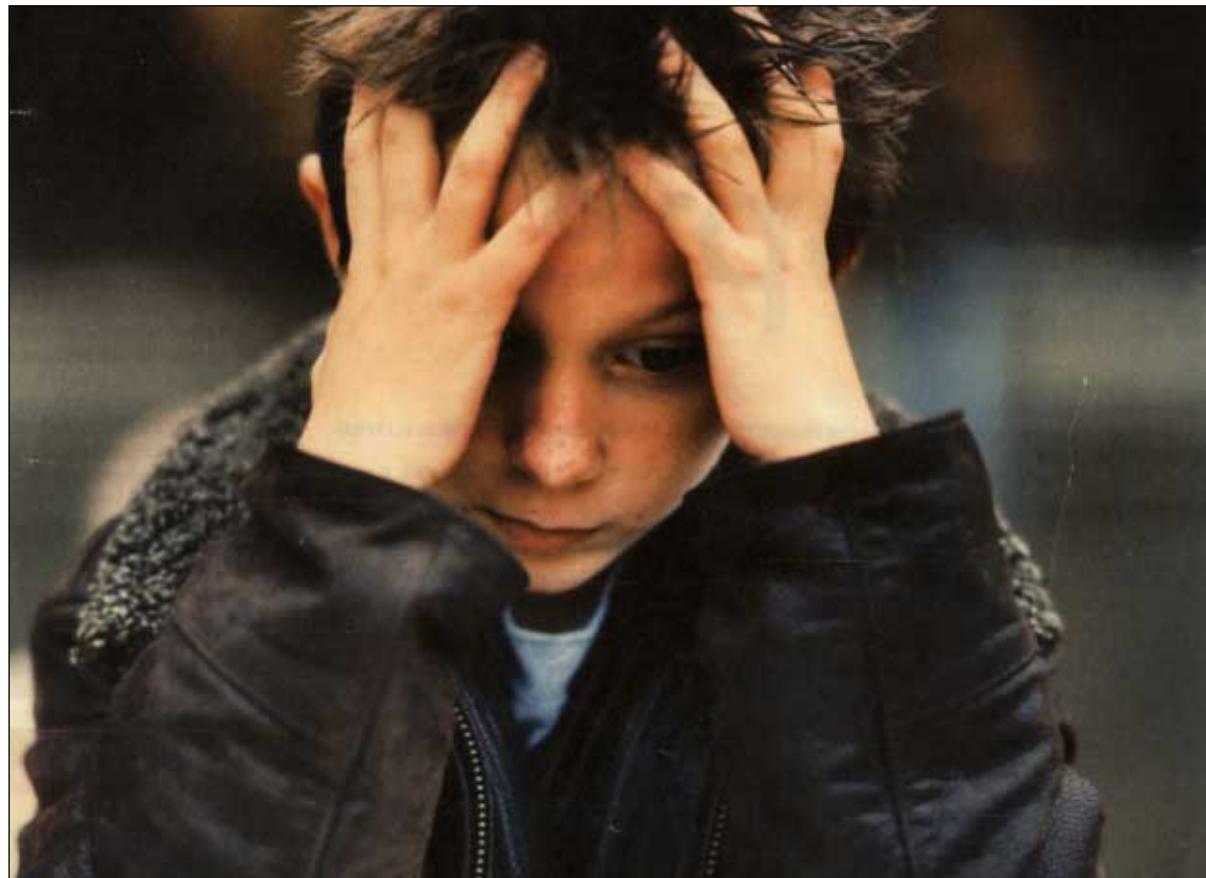
Un buen sacrificio. **María**, de la parroquia del Buen Suceso, de Madrid, nos cuenta: «Caminar a Santiago significa ponernos en la presencia de Dios y abandonar todos los lujos y comodidades que tenemos garantizados, y así aprender a sacrificarnos un poco más, que es lo mínimo que podemos hacer».

Una experiencia inolvidable. **Ricardo García**, de la parroquia de San Ricardo, de Madrid, nos relata: «Para mí es una experiencia que tienes a lo largo de tu vida, que tal vez dentro de 15 o 20 años recordarás con los amigos. Es una bella experiencia, de estas bonitas, en donde a lo largo del camino vas conociendo gente de distintos lugares».

Encuentro con Cristo. **Patricia**, de la centuria VIII, nos cuenta: «Peregrinar a Santiago me parece una gran oportunidad para vivir una convivencia, escapar del bullicio de la ciudad, y para encontrarme a mí misma y encontrar en mi corazón al Señor».

El psiquiatra Aquilino Polaino, sobre la adopción por parejas homosexuales

«Hay consecuencias patológicas en el adoptado»



Como le pasa a cualquier adulto, en los homosexuales existe una inclinación afectiva natural a la paternidad y maternidad. Sin embargo, aunque esa tendencia exista, sea real y válida, es obvio que las parejas homosexuales están imposibilitadas para tener un hijo. La adopción surge entonces como vía para vencer el impedimento biológico. Esta posibilidad ha iniciado un debate entre quienes exigen –en aras de una supuesta igualdad– que los homosexuales tengan el derecho de adoptar hijos y constituir una familia. Para aclarar la discusión es conveniente entender primero qué es la adopción, sus causas y sus implicaciones. Adoptar es reclamar del Estado la tutela, custodia y educación de un menor que carece de lo necesario, porque ese niño tiene el derecho inalienable de ser educado y formado dentro de la sociedad.

La familia es indispensable para los seres humanos. En ella encontramos nuestra propia identidad. El hombre no puede realizarse plenamente si no es por medio de los demás. Cuando en Psiquiatría se habla de *subnormalidad por privación cultural*, como diagnóstico de una enfermedad, se ve la importancia de la educación familiar y social. Es decir, un muchacho sin educación a los 15 años arrojará un coeficiente idéntico al de un subnormal débil o límite. Esto se debe, en cierto modo, a que el niño necesita de estímulos para realizarse como un adulto normal, difíciles de encontrar fuera de la familia.

Estímulos cognitivos, para aumentar su inteligencia; afectivos, para sentirse seguro; perceptivos, para saber interpretar el significado de lo que capta a través de los sentidos; sociales, para descubrir el valor del otro –y cómo eso se puede regular según normas–; y morales, sin los que no formará una conciencia ética.

El desarrollo del ser humano no está condicionado sólo por factores biológicos, sino culturales, sociales, familiares. Somos por naturaleza un ser de cultura. En este sentido, los niños son los más indefensos. Es casi imposible que un niño sin familia llegue a ser una persona plena. Eso no pasa con las crías de los animales, porque saben instintivamente lo que tienen que hacer. Sin embargo, el ser humano no depende sólo de sus instintos. De ser así, estaríamos condicionados y no tendríamos libertad, no podríamos perfeccionarnos.

El ser humano nace en total indigencia. Esta pobreza incluye también la identidad de género, lo que no sucede con los animales. Cuando el perro apenas es un cachorro, ya funciona, perceptiva e instintivamente, como macho o hembra, según sea el caso, porque el instinto le marca y le hace funcionar. A los dos años, un niño ignora si es varón o mujer.

Esa identidad de género, indispensable para el ser humano, la aprenderá el niño de quienes lo rodeen en su infancia. Por eso el niño tiene derecho –humano– a ser forma-

do en una familia, y si no encuentra en quienes le han adoptado lo que, por derecho, le corresponde, no se cumple el primer principio de la justicia distributiva: dar a cada quien lo que le corresponde. Porque al adoptado se le debe educación y afecto, es una terrible injusticia no darle el *ius* que le es propio –con mucha más razón cuando ni siquiera conoce a aquellos que le dieron la vida–. Tiene derecho a contar con un modelo de padre y madre, de varón y mujer, conforme a su naturaleza, indispensable para la formación de su propia identidad de género.

La persona sin esa identidad está incompleta en lo más íntimo. Y si se adopta a un niño, es para hacer de él una persona plena. Por eso, el Estado no permitiría nunca la adopción para explotar al niño, o que los adoptantes fueran asesinos. Cada niño es una persona única, lo mejor que tenemos en la sociedad. Lo primero que debe hacerse al adoptar a un niño es respetar su condición de ser, su identidad. Aunque el deseo de satisfacer el afecto por parte de los padres, al adoptar un niño, es legítimo y natural, no debe ser la primera razón para adoptarlo. El fin es que ese niño se autorrealice como persona y sea feliz.

Vistos los riesgos que supone la adopción, lo lógico es pedir al adoptante unas condiciones psicológicas mínimas. Por lo tanto, es muy conveniente que las legislaciones de cada país busquen indicadores prudenciales para disminuir el riesgo de la adopción por parte de padres que no satisfacen los criterios aludidos. Esto es conforme al Derecho y refleja una legislación bien hecha.

Si la necesidad natural de tener hijos es normal, la necesidad afectiva de relacionarse sexualmente con alguien del mismo sexo, no. Aunque una pareja homosexual elige su preferencia sexual, no es capaz de engendrar hijos porque, dada la naturaleza de esa relación, no le corresponde, y eso niega toda posibilidad de adopción. La naturaleza se impone. Por más que quiera vivir bajo el agua sin oxígeno, no voy a poder.

El igualitarismo en este asunto no se puede conceder, porque de un varón con otro no puede salir un hijo, y de una mujer con otra tampoco. ¿Eso lo prohíbe la Constitución? No. Lo prohíbe la biología que es más fuerte que cualquier Constitución del mundo. El padre tiene al hijo a título de haberse casado con una mujer, no sólo a título de ser persona.

La adopción de padres homosexuales trae consecuencias psicopatológicas en el adoptado. Es muy distinto que uno devenga en homosexual, por las razones que sean –trastornos, libre decisión, etcétera–, a que se influya en la voluntad, altamente vulnerable, de un niño.

LIBROS

La teología al servicio del hombre

Título: Convocados en el camino de la Fe

Autor: Joseph Ratzinger

Editorial: Ediciones Cristiandad



Es el hoy cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Joseph Ratzinger, un ejemplo de cómo un hombre de Iglesia escudriña las corrientes profundas de nuestra historia y apunta la respuesta que la novedad cristiana aporta en la generación y regeneración del hombre. Su teología va más allá de la pura acomodación a las corrientes de boga y moda; se adentra en los círculos de lo esencial cristiano, para hacernos inteligible nuestra esperanza.

Con motivo de su 70 cumpleaños, han sido varias las iniciativas de publicación de sus, hasta ese momento, últimos escritos. La editorial Cristiandad nos presenta una gavilla de textos, conferencias, artículos científicos, que tienen como eje vertebrador la dimensión profunda de la totalidad de nuestro ser y de la fe, desde la perspectiva, vocación, llamada a la responsabilidad que tiene la Iglesia, y que tenemos los cristianos, de mostrar y demostrar la realidad del amor de Dios en la Historia, de dar razones de lo que Cristo es y significa para el hombre de hoy como exigencia de la verdad, sin claudicaciones mecanicistas ni materialistas. En este sentido, leemos en el prólogo del libro que ahora presentamos: «Para la teología, esto significa no pasar por alto, a través de las cuestiones concretas de las disciplinas particulares y los métodos de trabajo practicados por ellas, lo fundamental, *que la fe cristina es movida por Dios para dar testimonio de Él*. Esto tiene un

significado especial para la interpretación de la Biblia. La exégesis está llamada a cuestionar críticamente sus presupuestos filosóficos y abrirse a una hermenéutica de la fe, para que así lo *más profundo de la palabra... sea perceptible más allá de lo meramente escrito*».

El Ratzinger con el que el lector se encuentra en este libro es, fundamentalmente, el Ratzinger teólogo, pastor, que es el mismo responsable de un dicasterio romano. La lectura de estos textos dedicados a las relaciones entre la fe y la teología; a la *Communio*; a la eclesiología y a la Eucaristía; a los movimientos eclesiales y su lugar teológico –en donde, por cierto, se descubre cuál ha sido y es la contribución de estos movimientos al quehacer teológico contemporáneo–; al ecumenismo, rompe con la dicotomía que algunos quieren establecer entre estas dos facetas de la vida de este eximio autor. Es, también, el Ratzinger que no en este texto, sino en otro lugar, escribe: «Respecto a la escasa reflexión sobre Dios, me parece innegable que existe demasiada auto-ocupación de la Iglesia consigo misma. Habla demasiado de sí, mientras que tendría que dedicarse más y mejor al problema común: hallar a Dios, y hallando a Dios, hallar al hombre...»

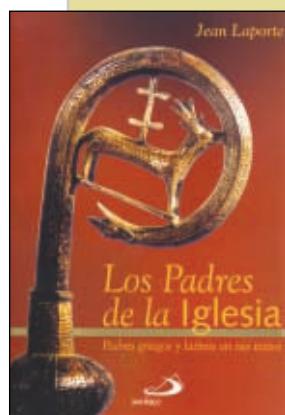
José Francisco Serrano

Testigos de la verdad

Título: Los Padres de la Iglesia. Padres griegos y latinos en sus textos

Autor: Jean Laporte

Editorial: San Pablo



Es un lugar común en la teología y en la práctica de la Iglesia la comparación de nuestros tiempos con los tiempos de los primeros cristianos. Sin embargo, hay una diferencia sustancial: mientras que el mundo pagano, aquel mundo pagano, consideraba que la fe era una novedad que rompía con el sistema y la estructura social y personal –por otra parte en firme decadencia, como demuestra la caída de más de un imperio–, hoy, para nuestro mundo pagano, la fe no es entendida como novedad, sino como algo atrasado, anticuado, atávico. Es, quizás, más necesaria que nunca la vuelta a los orígenes y la vuelta a los primeros pensadores que, sin desdeñar la dimensión catequética de la fe, hicieron la apología, el diálogo, la defensa de la fe. No son frecuentes la buenas síntesis sobre la teología de los Padres griegos y latinos. Más allá del clásico manual de Quasten, ahora, la editorial San Pablo nos ofrece este resumen de Jean Laporte, que bien debe tenerse en cuenta para la formación de la conciencia cristiana.

J.F.S.

Punto de vista

Otra guerra olvidada

Escribiendo un día no lejano sobre los que gritaban *contra la guerra*, enumeré una docena de guerras recientes en todo el mundo contra las que nadie había chistado, ni redactado manifiestos, ni salido a la calle, ni puesto letreros, ni acosado alguna Embajada. Nada. Nadie. Tal vez porque a esas guerras no había enviado tropas (aunque sí la URSS o Francia) el Presidente de los Estados Unidos de América, símbolo primero de la victoria sobre el comunismo, derrotado estruendosamente, y ahora de todos los males del mundo, e incluso del Mal.

Tal vez la guerra más espantosa, larga y cruel, a la par de la de Iraq-Irán, declarada por Sadam Hussein, o de la interminable e interminada de Angola, ha sido la oscura, oculta y ocultada guerra entre el Gobierno islámico de Jartún, capital de Sudán, y los *rebeldes*, negros, animistas y cristianos del sur sudanés, que se oponen, desde hace 21 años, a la islamización forzosa en todos los sectores de la vida. Sus víctimas son más de dos millones de muertos y decenas de miles de desplazados.

¡Cuántas preguntas, peticiones, propuestas, mociones, resoluciones, debates en el Parlamento europeo de mi tiempo y en los encuentros de los Países ACP; del Convenio de Lomé, sobre la guerra de Sudán! Por fin se ha firmado un acuerdo de paz y de futuro político, *frágil y delicado*, según todas las fuentes, entre el Vicepresidente sudanés y el líder del Ejército de Liberación Popular del Sudán, en presencia de mediadores de los Estados Unidos de América, Kenia, Gran Bretaña, Italia y Noruega. Un Gobierno de unidad nacional, durante seis años y medio, y unas elecciones libres, darán paso a otras posibles salidas ulteriores.

Pero este acuerdo no interrumpe, por desgracia, otra guerra activa, al oeste del mismo, inmenso, país africano: la guerra de Dafur, escenario de otro cruel enfrentamiento, desde febrero de 2003, entre dos grupos étnicos y el ejército sudanés, con la cosecha sangrienta de 20.000 muertos, un millón de refugiados, de los cuales, 150.000 en el Chad, uno de los países más pobres de África.

Pero, como allí no luchan soldados norteamericanos y británicos, no pelea la *resistencia iraquí* (casi siempre los terroristas de Al Qaeda), y la guerra no ha sido precedida por ninguna foto donde estuviera el Presidente Aznar, aquí no se mueve nadie ni nadie abre la boca siquiera.

¿Todos *contra la guerra*? ¿Contra qué guerra, pacifistas de cartón y de cartel?

Víctor Manuel Arbeloa

Gentes



Juan Manuel de Prada,
escritor

Un aborto practicado en las primeras doce semanas quizá resulte menos aparatoso que uno de siete meses, del mismo modo que asesinar a un anciano o a un tullido es menos arduo que hacerlo con un joven en plenitud física. A la hipocresía, por lo que se ve, le importa el tamaño.



Omar Sharif,
actor

La religión del Islam no sólo habla de la relación del hombre con Dios, sino que fija el modo de vida de la gente, contiene deberes sociales y marca el papel del gobernador. No saben lo que es un Parlamento; no va a haber democracia en Oriente hasta dentro de un siglo.



Susanna Tamaro,
escritora

La televisión ha impuesto un nuevo modo de pensar, basado en la apariencia y la estupidez. Todos esos programas en los que la gente se pelea y explica su intimidad sin ningún rubor son un crimen contra la Humanidad. Al final, las personas se cansan, y ya hay mucha buena gente que ha dejado de ver televisión.

Televisión

Atenas y Munch

Televisión Española ha cuidado, hasta el detalle más mínimo, la cobertura de las Olimpiadas de Atenas. Hemos pasado una recta final de vacaciones pegados al televisor y zapeando como locos, para adivinar nuestros colores en todas las modalidades. ¡Qué pena que las chicas de la natación sincronizada se quedaran cuartas! Y el oro del voley playa también se nos fue de las manos, porque tropezamos con el muro del tandem brasileño. Eso sí, magnífico el salto de Gervasio Deferr, ese hombre de aspecto noblete que ha dedicado toda su vida a *caerse y levantarse* y que, en esta ocasión, clavó su caída.

Además del festival olímpico, este verano vimos por televisión el robo inaudito de *El grito* y la *Madonna*, de Munch, en el Museo

Nacional de Oslo. Munch pintó *El grito*, su obra maestra, después de transitar con dos amigos por un puente, ver la tarde roja como una amapola y creer que el mundo se le venía encima, cargado con un hondo pesar. Ese sentimiento de desasosiego interior o acedia es lo que se muestra en el primer plano del cuadro y transmite ese estigma desasosegante al espectador. Pero lo peor del robo no fue la incapacidad de los servicios de seguridad del museo, sino lo que David Torres ha dicho en una crónica reciente en *El Mundo*: «Lo peor es que el cuadro acabará en el sótano de algún anciano impotente y millonario, que lo ocultará a los ojos del mundo, su legítimo propietario. ¿Acaso no es eso lo primero que hacen los banqueros japoneses cuando compran un Van Gogh, guardarlo lejos de la vista, enterrarlo en

una cámara acorazada?» Y tiene toda la razón; por eso, no se entiende que, a veces, se juzgue con dureza a la Iglesia cuando se dice que debería vender todas las obras maestras de los Museos Vaticanos. Pero, ¿a quién? ¿A un financiero de Tokio para su disfrute personal? La Iglesia no se mueve en flirteos de mercaderes persas, sino que actúa como una madre que vela el sueño de sus criaturas máspreciadas, como un cancerbero de la belleza, insobornable a la depredación de los tiburones. La Iglesia expone sus bienes para el disfrute de todos; de ahí la necesidad de preservar sus bienes de manos ajenas. En fin, que se nos fueron las Olimpiadas y los cuadros de Munch y el verano...

Javier Alonso Sandoica



PROGRAMACIÓN TMT y POPULAR TV (del 2 al 8 de septiembre de 2004)

(Op: Opcional; Mad: sólo en Madrid; Información: Tel. 902 22 27 28)



A DIARIO:

08.00.- Palabra de Vida **08.30.-** Popular Tv Noticias (salvo Sab. y Dom.)
12.00.- Ángelus y Santa Misa (Op, Domingo: en Cadena)
14.00 y 20.00.- Popular Tv Noticias (salvo Sáb. y Dom.)
00.00: Lunes a Jueves (Vier. 00.30; Sab. 00.15; Dom. 01.05).- Palabra de Vida
00.05 (Vier. 00.35).- Popular Tv Noticias (salvo Sáb. y Dom.)

DOMINGO 5 de septiembre

07.00.- Documental - **07.30.-** La Semana - **08.10.-** Tris, Tras y Verás
11.05.- Dibujos animados
13.10.- Con la Fe bien puesta (Op)
13.40.- Los 100 de la Cien (Op)
15.05.- El niño de papel (Op) - **16.00.-** Esto sí que es Rosa (Op) - **17.05.-** Cine español *Embajadores en el infierno* (Op) - **18.35.-** 20 Minutos con... (Op)
20.05.- Súper Agente 86 (Op) - **20.30.-** Concierto (Op) - **22.00.-** Familia (Op)
22.50.- Pon un amplificador en tu vida
23.25.- Cine *El llanto de un niño*

JUEVES 2 de septiembre

14.30.- Documental (Op)
15.00.- Documental
15.35.- Cine *Piel de serpiente*
17.30.- Tris, Tras y Verás
19.00.- El Chavo del Ocho
19.30.- Valorar el Cine
20.30.- Documental (Op)
21.05.- Súper Agente 86
21.40.- Sé lo que hicisteis el último verano (Op)
23.05.- Dos vidas a la semana (Op)
00.35.- Cine *Moulin Rouge*

LUNES 6 de septiembre

13.00.- Debate Popular (Op)
14.30.- Documental (Op)
15.00.- Con la Fe bien puesta
15.35.- Más Cine por favor
17.30.- Tris, Tras y Verás
19.00.- El Chavo del Ocho
20.30.- Informativo diocesano (Op)
21.05.- Súper Agente 86
21.40.- Sé lo que hicisteis el último verano (Op)
23.05.- Illosos (Op)
00.35.- Cine *Adán y Ella*

VIERNES 3 de septiembre

13.00.- El show de la Cultura (Op)
13.30.- Valorar el Cine (Op)
14.30.- Documental (Op)
15.00.- España en la vereda - **15.35.-** Cine *Cita con Venus* - **17.30.-** Tris, Tras y Verás - **19.00.-** El Chavo del Ocho
19.30.- Investigaciones de Bolsillo
20.30.- Documental (Op) **21.05.-** Súper Agente 86 - **21.40.-** Sé lo que hicisteis el último verano (Op)
23.05.- Cine *Misión en el Mar Negro*
01.05.- Cine *Faldas de acero*

MARTES 7 de septiembre

13.00.- Illosos (Op)
14.30.- Documental (Op)
15.00.- Escuela de María (Mad)
15.35.- Más Cine por favor
17.30.- Tris, Tras y Verás
19.00.- El Chavo del Ocho
19.30.- La edad importa
20.30.- Documental (Op)
21.00.- Súper Agente 86
21.40.- Sé lo que hicisteis el último verano (Op)
23.05.- Familia (Op)
00.35.- Cine *La escalera de caracol*

SÁBADO 4 de septiembre

08.05.- Tris, Tras y Verás - **11.05.-** Cine infantil *Días finales I* (Op)
12.40.- Tris, Tras y Verás (Op)
14.00.- Investigaciones de Bolsillo
14.30.- Siglo Futuro - **16.05.-** Cine infantil *Días finales II* - **17.00.-** Valorar el Cine - **17.30.-** Los 100 de la Cien
19.00.- Súper Agente 86 (Op)
20.00.- La Semana - **20.30.-** Illosos
21.35.- Esto sí que es Rosa
22.35.- Cine Zona 39
00.30.- Al otro lado del viento

MIÉRCOLES 8 de septiembre

09.10.- Sé lo que hicisteis el último verano - **10.30.-** Audiencia Vaticano
13.00.- Familia (Op)
14.30.- Documental (Op)
15.00.- Pueblo en camino
15.35.- Más Cine por favor
17.30.- Tris, Tras y Verás - **19.00.-** El Chavo del Ocho - **19.30.-** El show de la Cultura **20.30.-** Documental (Op)
21.00.- Súper Agente 86 - **21.40.-** Sé lo que hicisteis el último verano (Op)
23.05.- Argumentos (Op)
00.35.- Cine

Con ojos de mujer

La libertad de los sabios

El único valor que todavía suscita unanimidad en el tercer milenio es la libertad. Todo el mundo está más o menos de acuerdo en que el respeto a la libertad de los demás constituye un principio ético fundamental: algo más teórico que real. Quizá no se trate más que de una manifestación de ese egocentrismo endémico al que ha llegado el hombre moderno, para quien el respeto a la libertad constituye más bien una reivindicación de individualismo: ¡que nadie se permita impedirme que haga lo que quiera!

Hay quienes la definen por su cara exterior dependiente de las circunstancias. Eliminar las trabas que me impiden actuar es sinónimo de libertad. La libertad vivida como una lucha para eliminar toda oposición a una voluntad caprichosa es la que pregonan los teóricos, que escriben y hablan, y presentan todo fácil y accesible. Pero cuando callan, en la soledad del silencio se advierte que el corazón sigue gimiendo por algo que no alcanza a poseer.

Hay otros que hablan de la libertad con menos palabras y mayor sabiduría. Son los que saben que la libertad es oportunidad, capacidad para elegir lo bueno, lo valioso, lo que me realiza. Antes de tomar una decisión, se han preocupado de conocer qué quieren, por qué lo quieren y, lo que es más interesante, ¿a dónde me conduce esta elección?

Los sabios de la libertad invitan a mirar a la meta: ¿quién soy yo como ser humano? ¿Qué me realiza realmente? ¿Dónde está la verdad?; ¿y el bien?; ¿y los otros? ¿Soy un ser para estos valores? Entonces, su libertad se convierte en el viento que mueve la vela de sus vidas, pero con un timón bien orientado; es decir, hacia los fines que le son naturales. ¡El gran misterio humano es que somos el único ser que puede elegirse o negarse a sí mismo!

Si la libertad fuera sólo el ejercicio de elegir, y se midiera por la cantidad de opciones que se tienen, ridículamente, a medida que la vida pasa, seríamos menos libres, pues cada vez tendríamos menos opciones posibles. Sin embargo, hay quienes rondan la ancianidad y demuestran una libertad de espíritu infinitamente mayor que jóvenes de 20 años, porque han invertido el tiempo de su existencia en elegir de acuerdo a lo que querían ser, regidos por unos valores que ahora son la corona de su andadura. Y siguen siendo libres porque siguen eligiendo amar antes que romper en busca de su placer.

Los sabios de la libertad son los que han descubierto que a quien hay que liberar es a nuestro corazón, prisionero de sus miedos o egoísmos. Sólo el amor rompe el sentimiento de angustia de no alcanzar nunca la serenidad. Nunca como ahora se han roto tantas trabas y se vive con tanto desasosiego emocional.

Merece la pena escuchar la vida de los sabios de la libertad. Han elegido la verdad, el bien y el amor como las metas de su vida, y con ello han encontrado lo que no se encuentra con sólo eliminar trabas: la paz del corazón.

Nieves García

No es verdad

¿Prefieres que estudie para los exámenes de septiembre y memorice de forma automática conocimientos sin importancia, o que salga a jugar y atesore vivencias que me acompañarán el resto de mi vida?



Jordi Labanda, en Magazine, de *La Vanguardia*

¿Qué tal, señores e amigos? Igual que antes de irnos de vacaciones, e igual que durante las vacaciones, al regreso, sigue habiendo cosas que no son verdad. Sigue llamando poderosamente la atención de cualquier observador mínimamente atento a la realidad el impresionante déficit de sentido común que lamentaba en este rincón el día antes de salir de vacaciones.

A mediados de agosto, la Vicepresidenta primera del Congreso, doña Carmen Chacón, ante las denuncias hechas por la jerarquía eclesiástica contra determinadas medidas anunciadas por el Gobierno en materias claramente afectadas por el orden moral, se soltó el pelo *exigiendo a la Iglesia respeto* y pidiéndole que no interfiera en su política; asegura, además, que «algunas declaraciones han producido vergüenza en la sociedad». No sé en qué sociedad vivirá doña Carmen Chacón, ni a qué tipo de sociedad se referirá, ¿tal vez a las lectoras de la revista *Vogue*?; pero lo que está más claro que el agua es que, si hay alguna declaración que produce vergüenza, es la que ella ha hecho. No hay mayor respeto que decir la verdad, las cosas como son, al pan pan, y al vino, vino: ése es el mayor respeto que un político –que debe estar al servicio de los ciudadanos– puede exigir; no cabe mayor respeto a la dignidad del ser humano que el de recordarle las exigencias morales mínimas que requiere su dignidad de ser humano, sea a la hora de nacer, de morir, o sea a la hora de casarse, y crear una familia, educar a unos hijos, etc. Si, cuando alguien responsablemente lo hace, eso se considera una interferencia política, eso denota que no se tiene muy claro qué es eso de la política.

Tampoco estaría de más que algunos de los glosadores de lo que dicen los más altos responsables de la jerarquía católica, al comentarlo, se basaran exactamente en lo que dichos responsables han dicho exactamente, y no en lo que algún apresurado titular de periódico ponía en su boca.

Este verano se ha vuelto a querer clonar a seres humanos y los tontilcos de guardia, como la cosa venía de Inglaterra, han decidido que está muy bien. Pues no es verdad: clonar a seres hu-

manos es una barbaridad. En Inglaterra, o donde sea. Clonar es producir seres humanos sin padre ni madre. Convendría que los tontilcos se pusieran a pensar, aunque sólo sea un momento. Hay –por desgracia, cada vez son más– quienes creen que, en nombre de la democracia, se puede cometer cualquier atropello, convencidos como están de que un atropello consensuado, como se dice ahora, deja de ser un atropello; pues no: un atropello consensuado, por muy consensuado que esté, sigue siendo un atropello. Ignacio Sánchez Cámara en una luminosísima Tercera de *ABC*, que merece todos los premios periodísticos, ha escrito este verano: «La democracia es una forma o método político que posee valor moral, pero que no garantiza la moralidad de sus resultados, pues éstos dependerán, sobre todo, del criterio y de la formación moral de la mayoría de los ciudadanos. Se concede una valoración excesiva al consenso como método para determinar lo que es o no correcto en el orden moral. Si es dudoso en el ámbito de la política, es falso en el orden moral. La mayoría no tiene necesariamente razón, lo que tiene es la fuerza democrática; si abusa de ella, degenera en tiranía». Se puede decir más alto, o en letras más gordas, pero más claro no se puede decir.

Ha habido muchas más cosas este agosto ya pasado: barcos abortistas a los que, gracias a Dios, no se les deja entrar en aguas territoriales, ni de Polonia, ni de Irlanda, ni de Portugal, que todavía queda dignidad por el mundo. Y ha habido muy buenas noticias, miles y miles de jóvenes en Compostela bajo la lluvia; un Papa con lágrimas en los ojos ante la gruta de Lourdes; un creciente anhelo de paz verdadera y multitud de abuelos y abuelas con sus nietos, de familias numerosas reunidas en la playa y... hasta una buena señora, limpiadora de un museo, con tan acusado sentido común que puso en su sitio (el cubo de la basura) lo que a ella, en lugar de un cuadro, le parecía algo digno de estar en el cubo de la basura. Así que ya les digo...

Gonzalo de Berceo

Brújula de Evangelio

Con ocasión de la celebración de los 25 años del cardenal don Marcelo González Martín como obispo, la archidiócesis primada editó un libro sobre los 25 espléndidos años de tarea episcopal de Don Marcelo. A la presentación de aquel libro en Toledo pertenecen estos párrafos que hoy, cuando Don Marcelo ha llegado a la plenitud de la vida, adquieren especial actualidad

No hace mucho que uno de tantos don nadie de esos que ahora proliferan como hongos en la vida española, indocumentado, en general, pero en cuestiones de Iglesia involuntario logrador de lo contrario que busca, pretendía manchar la limpieza del servicio episcopal del cardenal arzobispo de Toledo y Primado de España escribiendo que, «en esta diócesis, apenas hay matrimonios civiles, ni divorcios ni curas secularizados». Con un indisimulado afán de molestar ironizaba sobre el aquí creciente número de vocaciones sacerdotales y destilaba el inocuo venenillo de que, «igual que antes España era reserva espiritual de Occidente, ahora Toledo es la reserva espiritual de España». Pues ni adrede.

En estas páginas están en torno a usted, querido Don Marcelo, muchas personas, muchos recuerdos, mucha doctrina y muchos hechos. Están sus padres y su hermana Angelita, está su Villanubia natal, una torre y cien casas de cuyos viejos arcones los abuelos sacan aún para enseñárselas a los nietos aquellas fotos: «Mira hijo, del día que a Marcelo le hicieron obispo». Están Fuentes de Nava, Comillas y su Valladolid del alma: el santuario de la Gran Promesa (*Tu es sacerdos in aeternum*), el barrio de San Pedro Re-

galado, la Piedad de Gregorio Fernández y aquel primer anillo episcopal...

Aquí está, claro, la Astorga milenaria y honda, encrucijada de caminos, pastoreada palmo a palmo. Hay unas cuantas palabras claves en la vida de Don Marcelo: Cristo, María Iglesia, sacerdocio, Roma, y también... Toledo, Astorga, Barcelona. En estas páginas está el Concilio y la propuesta elemental y ardua que lleva en sus maletas aquel joven obispo castellano: santidad. Luego pone en hora conciliar sus diócesis, día a día, sin aspavientos pero sin camuflajes, en la misma plena y constante sintonía de onda que el Sucesor de Pedro, brújula pura de Evangelio durante veinticinco años, y en los que testimonia que ser obispo no es ser vigilante o inspector, sino padre y pastor. Parece fácil... En los momentos más cimeros de su vida, Don Marcelo siempre ha dicho que «todo es muy sencillo». Yo le creo, pero debe de haber algún secreto para que sea así, y se me antoja que hay muchas desconocidas horas silenciosas ante el Santísimo de por medio, de las que no hay fotos ni testigos. Tengo la impresión de que, con san Agustín y santa Teresa, piensa aquello de que *Nos sumus tempora* y que, por consiguiente, no es

cuestión tanto de que los hombres nos adegüemos a los tiempos, cuanto de que sepamos poner los tiempos a la altura de los hombres y de unas pautas y principios firmes, permanentes y claros, porque —algunas vez se lo he oído— lo sustancial, o lo es de verdad, en serio, o deja de ser sustancial.

Aquí está Barcelona y su servicio episcopal y magisterial, su sacrificio, su entrega, su prudencia, su tesón y su esfuerzo, sus problemas y luchas; aquí, el hilo terso, recio y elegante a la vez, de su buen decir de castellano viejo, su pluma serena, su valentía contra corriente tantas veces, su amor al Papa con hechos que son los que cuentan, la humildad tan sincera de su talante, su humildad ancha y profunda, su responsabilidad, su fidelidad. Esta simbiosis perfecta de obediencia y fidelidad ha caracterizado siempre a Don Marcelo. Igual cuando se decía que la Iglesia y el Estado en España eran dos trenes a distinta velocidad, que cuando ante un Sínodo que algunos entendían como marcha atrás, Don Marcelo puntualizó definiéndolo como «El sínodo de la revisión de las revisiones».

Aquí está —y los posteriores serán los primeros— su Toledo, su sede primada, su identificación total con ella, su Seminario que son varios, pero es uno, sus sacerdotes queridos uno por uno, con nombre y apellidos, sus seminaristas, sus religiosas de clausura, sus múltiples obras diocesanas, su caridad, su cultura, su legítimo orgullo de presentar a Juan Pablo II una diócesis en pie, que no se rinde; aquí está la eficaz coherencia del cardenal de la Iglesia que sabe tener en un balcón a quien, incoherentemente, quiere estar a la vez en la procesión y tocar las campanas del aborto y de la LODE; aquí está, en suma, una ejemplar forma de ser cristiano, sacertode de Jesucristo, sin reduccionismos y sin camelos ni componendas.

Ya sé que no le va, pero el hecho es que ha estado usted bajo la mirada atenta y minuciosa de muchos ojos, micrófonos, cámaras, por no hablar de tantos significativos silencios, mucho más elocuentes que las voces, de tantos que hace años le consideraron progre y ahora le tildan de regre. Ya sé que, como se dice ahora, usted *pasa mucho* de todo eso. ¿Pero no se darán cuenta de que los que han cambiado son ellos? ¿A quién pretenden engañar? La mayoría de la gente sencilla tiene todavía el buen sentido de saber distinguir el trigo de la cizaña.

Miguel Ángel Velasco

Alfa y Omega agradece la especial colaboración de:



Fundación
Universitaria
San Pablo - CEU



UNIVE SI
C T LIC
S N NT NI
Murc